

Vecinos y detectives en Belgrano

María Brandán Aráoz



de

Vecinos y detectives en Belgrano cuenta la primera aventura de Mauro, Diego, Adela y Fernando, cuando se conocieron.

Con un gran espíritu detectivesco, descubren algo extraño en una carnicería de su barrio. Cuando comienzan a unir datos, se encuentran frente a un caso de robo y realizan una arriesgada investigación.



María Brandán Aráoz

**Vecinos y
detectives en
Belgrano**

Vecinos y detectives - 01

ePub r1.0

syd 25.07.13

Título original: *Vecinos y detectives en Belgrano*

María Brandán Aráoz, 1991

Ilustraciones: Shula Goldman

Diseño de portada: Editorial Alfaguara

Editor digital: syd

ePub base r1.0



*A mis hijas: María, Dolores y
Magdalena de la Torre.*

*A mis sobrinos: Sebastián,
Joaquín e Inés Camerlingo,
Agustina y Sonia McGough.*

1

VECINOS

Como todos los días a las cinco de la tarde, Fernando camina apurado hacia la esquina. Y así, de espaldas, se despide con la mano en alto de sus compañeros de sexto.

El colegio Andersen es un caserón inmenso ubicado en el barrio de Belgrano. A Fernando le hace acordar a Bariloche, por sus techos de pizarra y los triángulos de madera que adornan los balconcitos. Pero mejor no pensar en

Bariloche, donde vivió hasta el año pasado, porque si recuerda el cielo azul, las montañas, ese frío que corta las mejillas y todos sus amigos de allá, si los recuerda, entonces va a extrañar.

El colegio es lindo, tiene patio, jardín y muchos árboles. Además, ¡queda tan cerca de su nuevo departamento! Para ir y volver, sólo hay que caminar media cuadra, cruzar la calle Zabala y ya está. Fernando carga la mochila en un solo brazo y a paso rápido llega al edificio de ladrillos colorados y ventanas blancas donde ahora vive. Con la mano libre toca el segundo botón del portero eléctrico y

con un cabezazo saluda a Ramón, el portero verdadero.

—¡Hola, Ramón! ¿Llegó Diego?

Diego y Fernando acostumbran andar en *skate* en la vereda, después de hacer los deberes. Esta vez Ramón niega con la cabeza, no puede dar el permiso para que su hijo salga.

—Diego vino antes porque faltó la maestra. Es queee... no va a bajar, tiene que ayudar a la madre en casa —y, como para disculparse—: hoy fue un día bravo, llegaron nuevos inquilinos y el departamento no estaba en condiciones. Nos llaman a cada rato...

Fernando mira hacia arriba

interesado. «¡Se ocupó el primero “C”! ¡Por fin!»». Mientras Ramón protesta, él piensa. «¿Habrá chicos?». Por la ranura del portero eléctrico le llega la voz de su madre.

—¡Fernando! ¿Podés sacar el dedo del timbre, *por favor*? Te estoy abriendo —Ramón sigue protestando y Fernando ya no lo escucha. Mientras camina hacia el ascensor se pregunta una y otra vez cómo serán los nuevos vecinos.

La primavera alarga las horas; son las siete y todavía no oscurece. Los chicos cuchichean sentados en la escalera. Tienen poco tiempo para discutir las últimas novedades. Las

madres respectivas insistieron antes de salir: «Vuelvan pronto, miren que hay que bañarse *antes* de comer». ¡El dichoso baño!

Diego refunfuña con la boca llena de alfajor. Es gordito, morocho y rozagante. Muy diferente de Fernando, flaco y pecoso, que mira desde abajo porque aún no pegó el estirón.

—No entiendo por qué me *obliga*. Soy *yo* el que se baña, no ella — comenta enfurecido Diego.

—El que *no se baña* dirás —ríe Fernando. Y para consolarlo—: No te preocupes, las madres son así, les gusta la limpieza y esas cosas. En casa pasa lo

mismo. Pero yo inventé algo. Abro la ducha, me mojo el pelo, canto un rato y salgo cambiado. Nunca se da cuenta. Ahora contame: ¿quiénes son los vecinos del primero «C»? ¿Hay chicos de nuestra edad?

Diego suspira, lame a conciencia el papel del alfajor y sonríe sarcástico:

—*Una chica*. La anteojudá.

Fernando está desilusionado.

—¡Qué rabia! Toda la casa de personas grandes.

—No es una chica... común — aclara Diego, mirando con tristeza el papel limpio y brillante—, como mi hermana mayor, que se la pasa sin hacer

nada. Ésta es una sabelotodo. Lo ayudé a papá a subir algunas cosas. Ella estaba en su cuarto rodeada de cajas y cajas. Todos eran *libros*. ¿Te imaginás? Cientos y cientos de LIBROS.

Fernando pega un silbidito. Apenas puede dar crédito a lo que oye.

—*Libros*, en cajas. ¿Para qué querrá tantos?

Diego se encoge de hombros.

—¡Y qué se yo! Para mí que los lee.

Los chicos se quedan un rato en silencio. Tanto esperar a que se ocupara el departamento vacío, para nada. El edificio viejo tiene inquilinos y propietarios, casi todos son personas

mayores. Y no se puede hacer mucho ruido, y no se puede tener perros. Y lo peor, en toda la cuadra no hay chicos de su edad. Puros bebés o chiquititos. Nada de amigos. «Salvo Mauro», piensa Fernando. De repente los dos han coincidido y se miran más optimistas.

—Por lo menos enfrente está Mauro —dice Diego, y busca algo comestible en el bolsillo de su pantalón.

—Sí, ¿y cuándo lo dejan salir? El pobre se la pasa encerrado.

Por un momento, Fernando imagina a Mauro en su casona de la esquina, con un dormitorio para él solo, casi tan grande como el living de su

departamento. ¡Seguro que está estudiando!

Mauro Fromm no tiene padres, vive con sus tíos. Unos tíos ya mayores, que lo adoran y lo cuidan tanto que apenas si lo dejan salir. Todo el día va a un colegio alemán y los fines de semana a una quinta o algo así. A veces los invita de contrabando a su cuarto. Pero no es lo mismo. Mejor es andar con el *skate* en la vereda.

El ruido del ascensor alerta a los chicos. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos miran absortos los botones que encienden y apagan la luz colorada. El ascensor para en el primer

piso. Alguien sube. Al llegar a la planta baja, las puertas se abren y una chica delgada los mira con cautela.

Diego codea a Fernando y susurra apurado:

—Es la anteojudá. La vecina nueva.

Una chica de anteojos, trenzas y pantalones. Menuda, frágil, pero decidida, cierra la puerta del ascensor y se dirige hada los chicos. En la mano derecha, hamaca una bolsa de compras.

—¿Me pueden decir dónde hay una carnicería cerca? —pregunta mandona.

Diego la mira serio, como si no entendiera.

—¿Una carnicería? —repite

bobalicón—. ¡Ah, sí! Caminá hasta la esquina, después doblás a la izquierda y seguís dos cuadras. Cuando llegues a la plaza vas derechito media cuadra más. Es justo enfrente. Vas a ver una puertita que arriba dice «Zoilo».

La anteojudá agradece, se despide y sale. Muy derechita, muy aplomada, hamacando la bolsa.

Fernando la mira y después, atónito, a Diego:

—¿Te diste cuenta a dónde la mandaste? —pregunta sorprendido.

Diego sonrío feliz. Ha encontrado un caramelo pegado al fondo de su bolsillo y mientras lo chupa explica con voz

gangosa:

—Sí. A lo del *Carnicero Loco*.

¡Vamos a ver cómo se las arregla!

Y sin poder contenerse, los dos empiezan a reír a carcajadas.

2

EL «CARNICERO LOCO»

Al llegar a la esquina Adela se desinfla. ¿Cuántas cuadras a la izquierda? Ah, sí, dos. La pusieron nerviosa esos tontos, por eso ahora le cuesta ubicarse. Esta calle se llama Zabala, y su nuevo departamento queda en Ciudad de la Paz. Su madre quiso que lo anotara pero ella dijo «NO HACE FALTA». Además insistió en ir a hacer las compras sola. Ahora no puede perderse, ¡sería un papelón! Es feo estar recién mudada. ¡Y

encima esos dos tontos riéndose a sus espaldas! Adela se cala fuerte los anteojos. No le importa NADA. ¡Peor para ellos!

Se está haciendo de noche. Camina apurada las dos cuadras que le faltan y llega a la calle Moldes. Un poco más lejos se ve la plaza poco iluminada y desierta. Antes, en terrenos del ferrocarril, la sorprende el majestuoso puente. Piensa que se parece a la montaña rusa del parque de diversiones. Bueno, se parece *un poco*, con esos fierros anaranjados que forman torres y sostienen el pasadizo hacia el otro lado.

Es tarde. Agitada cruza la calle y

entonces lo ve. Él ya la estaba mirando. Es un perrazo amarillo. Si tuviera el pelo limpio parecería dorado. Pero está sucio y es muy flaco. El perrazo la mira temeroso con sus ojos achinados. «Picho», susurra Adela. No quiere asustarlo. «Picho», repite un poco más fuerte. Y el recién bautizado se acerca cauteloso, la olfatea y después le lame la mano. «Cuando compre la carne te voy a dar un poco», promete Adela. Y Picho aúlla despacito moviendo la cola. Ha entendido. Adela hace chasquear sus dedos para que el perrazo la siga. Él parece estar de acuerdo. Y como ya se ve la puertita y el cartel despintado «ZOI

O», la chica enfila directo hacia la carnicería. Entonces pasa una cosa rara. Picho retrocede, ladra, no quiere entrar por nada. Vuelve a llamarlo y el perrazo gime y gruñe. En un santiamén desaparece al doblar la esquina.

Entra por la puerta angosta y se queda absorta mirando el lugar. ¡Qué carnicería extraña! Sólo hay dos pedazos de carne sobre el mostrador de fórmica gris muy sucio. Algunos ganchos cuelgan vacíos. A un costado hay una heladera enorme de tres puertas. Del otro lado una cortina con tiritas metálicas que la corriente de aire balancea. Y nadie que atienda. Golpea

las manos, a la vez que un olor fuerte (¿a cerdo?, ¿a podrido?) la obliga a fruncir la nariz. ¿Y si se va? No. ¡Cómo va a volver sin las milanesas! A esta hora, ¿dónde encuentra otra carnicería? Su madre dijo clarito: «Preguntale al portero». Ella hizo casi lo mismo: le preguntó al hijo.

—Buenas. ¿Hay alguien? —casi grita, y la voz le sale ronca. Silencio absoluto. Ya da media vuelta para irse cuando oye la tos. Una tos afónica que parece un graznido. Una débil lamparita ilumina el negocio. Y afuera ya es de noche. Retrocede un poco asustada. Mejor se vuelve a su casa. Un tintineo

de metales, una mano peluda y la cortina de colgantes se aparta hada un costado, mostrando el cuerpo voluminoso con un delantal manchado de sangre. Adela apenas puede reprimir el grito. El carnicero tiene una cara larga, ensombrecida por pelos. Cejas que tapan los párpados, de tan, tan gruesas. Pelo largo, más abajo de los hombros y una barba enmarañada. Un ojo celeste la mira fijo, el otro es marrón. Siente que se le entumece la lengua y no puede pronunciar palabra. El carnicero avanza hada el mostrador.

—¿Qué buscás? Vendemos sólo a restaurantes —dice con rudeza.

Adela, muda.

—¿A qué venís? —enojado—. ¿A espiar?

Adela niega con la cabeza. Tiene las piernas acalambradas. ¡No puede caminar! El carnicero se acerca más; casi se inclina sobre el mostrador. Desde abajo, saca un cuchillo largo y le apunta con él.

—Sos nueva en el barrio, ¿no? —y con otro cuchillo chiquito empieza a afilarlo.

Adela asiente. Está temblando.

—Ya que estás acá —dice gritón, impaciente—, pedí de una vez lo que vas a llevar.

Adela mira los dos pedazos de carne. Ahora le parecen más negros con las moscas que zumban alrededor. Señala con el índice el más grande. El carnicero lo pincha con el cuchillo largo.

—¿Tortuguita? —pregunta con voz gruesa.

Adela se estremece. ¡Pobre tortuguita! ¡Pobre ella! No importa, le dará el pedazo a Picho. Tiene que escapar de allí. El hombre envuelve la carne en una hoja de diario arrugada, corta un pedazo del extremo, garabatea unos números y le extiende el paquete.

—Acá tenés la cuenta —brama

furioso.

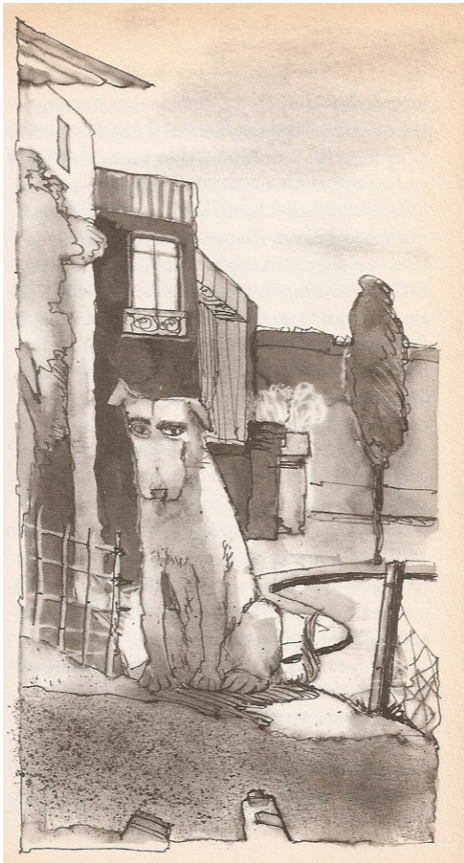
Adela busca el billete en su bolsillo y... Un bulto oscuro surge del aire, roza su cabeza y cae en cuatro patas sobre el mostrador de fórmica. Adela pega un grito. Agarrada al paquete retrocede mirando con horror la boca abierta, llena de dientes, amenazante, del gato...

—¡Satanás! —ruge el carnicero y amenaza al animal con el cuchillo recién afilado.

Adela escapa, corre, vuela por la calle solitaria. Sin mirar hacia la plaza, sin ver el puente, sin notar que Picho, el perrazo amarillo, la sigue un trecho largo. Y después se queda atrás,

mirando, ya sin esperanzas, cómo ella se aleja con el paquete envuelto en diario.

Ciudad de la Paz. Su casa. Ya está a salvo en el ascensor. Antes de apretar el botón número uno, siente las risitas, los forcejeos en la escalera. Y una sospecha enorme la llena de rabia. Esos dos tontos la mandaron ahí *a propósito*. Tiene que planear algo pronto... para vengarse.





3

DETECTIVES

Son las nueve. El sol se esconde de a ratos entre las nubes.

En la casona de la esquina, Mauro, rubio, pálido, de ojos casi transparentes, mira distraído por la ventana de su cuarto. En un cantero del jardín, dos gorriones se disputan las migas de un pedazo de pan. Como todas las mañanas, Ceferina, la cocinera les ha dejado su comida del día.

Hoy Mauro tuvo que faltar al colegio

porque durante toda la noche no paró de toser y toser. Y ahora se entretiene mirando a los pajaritos que luchan por devorar su alimento. ¡Qué aburrido es estar encerrado en el cuarto durante todo el día! «Los tíos son buenos pero se preocupan demasiado», piensa Mauro. Y no les dice nada, para no preocuparlos más. ¡Qué rabia no poder salir! Hasta los gorriones volaron y el cielo sigue nublado. De repente los ve, Fernando y Diego salen juntos del edificio de enfrente, cruzan la calle y le hacen señas desde la vereda.

Sin hacer caso de la tos, Mauro abre la ventana de par en par.

—¡Hola! —grita asomado—. ¿Qué hacen? Entren, así charlamos.

Diego le tira un alfajor de regalo, que Mauro ataja en el aire.

—Es de dulce de leche, porque el de chocolate saca granos —se burla.

—¿Por qué no salís vos? —invita Fernando mostrándole el *skate*.

Mauro suspira con gesto resignado.

—No puedo. Tosí toda la noche. Por eso falté al colegio. ¡Dale! ¡Entren ustedes!

Diego es el primero en decidirse, da un empujón a Fernando en señal de asentimiento y los dos destraban la puerta de madera, entran al jardín y

después dan un brinco a través de la ventana abierta.

En el cuarto de Mauro hay de todo. Computadora, videocasetera, juguetitos electrónicos tirados que él ya no usa, una radio con grabador y montones de cassettes. En un escritorio de madera se apilan lapiceras, lápices y marcadores gruesos y finos de todos los colores. Arriba de la cama marinera, hay una biblioteca de pared a pared llena de revistas y libros de misterio. Mauro devora esas novelitas en las que pasa de todo, y siempre cosas peligrosísimas. Fernando elige su revista de historietas favorita y se despatarra en la cama para

hojearla a gusto. Mientras tanto, Diego y Mauro se zambullen en una discusión.

—Te digo que es una anteojudasabelotodo —le informa resentido Diego—. ¡Cómo me hubiera gustado estar en la carnicería sin que me vean!

—Sin embargo, un día te propuse ir... a investigar, y no quisiste.

—Ese día..., ah, ya me acuerdo, tenía prueba —protesta Diego poniéndose colorado.

—¡Qué vas a tener! ¡Miedo tenías! Para mí que ese carnicero... no vende carne de vaca.

Diego lo mira burlón.

—¡Y qué! Puede vender carne de

cerdo, pollo...

Mauro lo interrumpe impaciente.

—Quiero decir, que ahí pasa algo raro. ¿Por qué atiende sólo a restaurantes?

Fernando deja la revista y se interesa.

—¿Vos qué sospechás?

A Mauro le brillan los ojos.

—No sospecho. Estoy seguro. Ahí pasa algo raro —y, simulando desinterés, cambia de tema—. Decías que la anteojudá esa tiene muchos libros. Podríamos intercambiar...

Diego se para de un salto y le tironea de la manga.

—¡Olvidate de la anteojudá! Contá qué más sospechás.

Mauro no ceja.

—¿No te das cuenta? Ella debe de haber visto algo. ¿No dijiste que volvió toda asustada? —Y como para él mismo —: Tengo que averiguar...

—Sí —Diego asiente a regañadientes—, y parece que la madre se quejó porque le trajo un pedazo de carne equivocada.

—¡Ya sabía! ¡Ya sabía!

Mauro camina hacia la biblioteca haciendo ruiditos con la garganta, como si rascara las cuerdas de una guitarra. Fernando lo mira alerta, «a ver si ahora

se pone a toser —piensa preocupado—
y no termina de contarnos nada».

Pero Mauro no tose, se para en
puntas de pie y saca de la biblioteca un
libro de tapas negras y anaranjadas.

—*Misterio en el frigorífico* —dice
en voz alta—. Tengo que releerlo.

Diego larga una carcajada. Y se
siguen riendo los dos, como si hubieran
escuchado el mejor chiste de su
historieta favorita. Cuando por fin se
calman, Fernando interrumpe con su
palabrerío todo mezclado.

—*Misterio en el frigorífico*. Carne
que no es de vaca. Está bien que el
carnicero es medio loco pero...

—Vos leés demasiados libros raros —enfátiza Diego.

Mauro los mira muy serio, casi con desprecio.

—Los *misterios* —dice despacio— también suceden en la realidad. Este barrio por ejemplo —baja el tono de voz— está lleno de vecinos misteriosos. ¿Lo notaron?

Sus amigos lo miran con ansiedad, con un nuevo respeto. Los dos están pendientes de sus palabras.

—Vecinos misteriosos, a los que podríamos investigar —hace una pausa y muestra la tapa del libro ante dos pares de ojos incrédulos—. Estas cosas

pasan. Y para qué sirve un trío de amigos, si no descubrimos *nada emocionante*.

—Sí, para qué sirve —repiten los dos como hipnotizados.

—Entonces..., ¡manos a la obra! —y Mauro restriega las suyas muy satisfecho.

—¿Y si alguien nos descubre... investigando? —Diego tiene sus dudas.

—Tenemos que estar preparados —dice Fernando haciéndose el entendido.

—A ver, déjenme pensar.

Mauro da varias vueltas por el cuarto, se acerca de nuevo a la biblioteca, elige otro libro, lee una

página, lo cierra, mira a sus amigos y sonríe canchero.

—Se me acaba de ocurrir una idea. Vamos a escribir nuestros descubrimientos, en una especie de diario. Cada uno por turno. En la primera página pondremos nuestros datos y un párrafo...

—¿Qué es párrafo? —interrumpe Diego, que anda medio flojo en Lengua. Y como los nervios le han dado hambre, mira de reajo el alfajor regalado que Mauro dejó intacto sobre la cama.

—¡Shh! —ruge Mauro que está inspirado—. Pondremos nuestros datos y unas *líneas* que dirán: «Por favor, si

encontró este diario entréguelo a nuestras casas. Avise a la policía, y *búsquennos*, antes de que sea demasiado tarde. Firmado: Trío MauDieFer. Detectives de Misterios».

4

LA VENGANZA DE ADELA

Adela mastica su último caramelo sentada en la escalera.

Diez minutos antes los vio salir del edificio. Cruzaron corriendo, sin saludarla. Fueron derecho hacia aquella casa que parece melliza con la de al lado. Derecho a meterse en el jardín. ¡Ah, no! Ella tiene que hacer algo. ¡Ya van a ver cuando vuelvan! Porque está decidida a esperarlos.

Para hacer tiempo, y endulzar la

espera, Adela va primero hacia el kiosco a comprar un paquete de su golosina favorita: caramelos-chicle. Una parte se traga y con la otra se hacen globos. Hay que tener cuidado. ¡No son para cualquiera!

Ahí está esperando su turno detrás de una señora con paquetes, cuando oye el vozarrón acalambra-piernas. Ignorando a la señora (hasta le pateó un paquete) y a Adela, ¡sin respetar la cola!, el carnicero ordena al dueño del quiosco:

—Dame un paquete de los de siempre.

Adela tuerce la cabeza, mira fijo

hacia un costado, y bien agachadita se acerca más a la señora.

—Los cigarrillos importados acaban de llegar. Venga en quince minutos. Todavía no tuve tiempo de desenvolver el pedido —le contesta con frialdad el quiosquero.

—En quince vuelvo —ruge el carnicero—. Espero que ya los tenga.

Resoplando impaciente, vuelve a tropezar con la bolsa de la señora. Y se va, sin pedir disculpas y sin reconocer (¡por suerte!) el perfil tembloroso de Adela.

—¡Qué maleducado! —protesta la mujer.

Y sigue quejándose y rezongando con la aprobación del quiosquero. Adela respira aliviada.

Todavía le dura el susto del otro día. Culpa de esos dos tontos. Y junto con la rabia y el recuerdo surge una buenísima idea.

Mastica que te mastica, Adela está rumiando su venganza.

¡Cómo tardan! ¿Habrán pasado diez minutos? Si no vienen pronto... ¡Qué suerte! Ya salen, abren el portón de madera y saludan al chico de bufanda que les grita algo desde la ventana. ¡Bufanda con este calor! ¡Qué amigo raro tienen esos dos! Seguro que es tan

tonto como ellos. Adela va al encuentro de los chicos.

Y los muy tontos se quedan mirándola sin saber qué hacer. Y como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos corren hacia la escalera.

—¡Esperen! —dice Adela con voz firme—. Quiero decirles algo importante.

El gordo se da vuelta desafiante. El bajito parece más tímido. Adela se dirige a él.

—Puedo contar lo que pasó. Decir que ustedes me mandaron a esa carnicería —los amenaza—. Decirle a Ramón —y señalando a Fernando— y a

tu papá.

Éste sostiene su mirada sin inmutarse.

—Mi papá viajó a Bariloche —dice categórico—. ¡Y no le puedes dar un disgusto a mamá porque está embarazada!

Diego se acerca con su sonrisa bobalicona.

—Era una broma. No pensamos que te ibas a asustar tanto —contesta irónico.

—No me asusté... *tanto* —lo enfrenta enojada—. Y si hubiera sabido dónde iba, hasta me podría haber *divertido*.

Fernando la mira incrédulo.

—¿Divertido?

Adela sonrío misteriosa.

—El que más me sorprendió fue Satanás. Pero no me hizo nada.

—¿Quién? —Diego avanza interesado.

—Creo que planea matarlo —sigue Adela, como hablando para sí misma—. Se le acercó con un cuchillo y...

—¿De qué estás hablando? —interrumpe Diego—. ¿Quién es Satanás?

Ella hace un gesto de asco.

—Un animal horrible. Parece un puma... o un gato salvaje. El carnicero lo quiso matar. Y a mí me dio miedo,

por eso no tuve más remedio que contarle que ustedes me habían mandado y que se estaban riendo todo el tiempo.

—¿QUÉ? ¿Eso le dijiste? —pregunta Diego aterrado.

—¡No tuve más remedio! Le dio tanta bronca que dijo que iba a venir a buscarlos, por eso quería avisarles.

Adela mira con insistencia hada la esquina. ¿Habrán pasado ya los quince minutos? Los chicos ríen incrédulos.

—¡Qué miedo! —se burlan—. ¡Cómo tiemblo! —Adela echa otro vistazo apurado...

—¡Miren, ahí viene! —comenta con voz de triunfo.

Efectivamente, el carnicero, puntual para conseguir sus cigarrillos, camina a grandes zancadas desde la vereda opuesta. A Diego y a Fernando se les atraganta la risa. En un segundo retroceden espantados y escapan por las escaleras.

Desde su puesto de observación Adela les va informando.

—Ya cruzó la calle. ¿Qué hago si entra? A mí ya me vio... ¡Chicos, viene para acá!

Y después un silencio. Y pisadas. Y más pisadas en la escalera. Adela llora y ríe a carcajadas.

—¡Qué susto! ¡Cómo tiemblan! Era

una broma. ¡No pensé que se iban a asustar *tanto*!

Hechas las paces, los tres mastican en la escalera. El verdadero relato de Adela suena interesante. ¡Algo raro pasa en esa carnicería!

—Si es cierto lo que pensás —opina Fernando— necesitamos pruebas. ¿Te animarías a investigar?

—¡Callate! Ya somos un trío. Y ella es una *chica*. ¡Bastante tengo en casa con la mandona de mi hermana!

Adela mira a uno y a otro. Ya se vengó, ahora quiere saber qué planean. Además está aburrída y recién mudada. ¿Cómo divertirse si no la aceptan en su

grupo? ¿Quién será el jefe? ¿El de bufanda? Con esfuerzo, sonrío humilde y les propongo:

—Yo me animo a investigar. ¿Por qué no me cuentan de qué se trata?

Diego mira a Fernando. Todavía tiene dudas, pero... ¡quién sabe! Ella no es una chica común.

—¿Qué te parece?, ¿la dejamos participar? —consulta inseguro.

Ahora es Fernando el que se echa atrás.

—Que decida Mauro.

«¡Así que ése era el jefe!», piensa Adela. Y sin querer se le escapa una risita. ¡Con esa bufanda!

5

EMPIEZA LA INVESTIGACIÓN

Mauro camina rápido, la bufanda azul vuela por el aire haciendo cosquillas en su nariz. La arranca de un tirón y la guarda en el bolsillo. Ya está a una cuadra de su casa, la tía no puede verlo. Se detiene para mirar el reloj. Quedaron en encontrarse a las seis y media en el terreno baldío. Y ya son.

Por Zabala, antes de llegar a

Amenábar, los chicos descubrieron un lugar ideal para esconderse y hacer planes. El único terreno sin edificar parece un bosquecito olvidado donde las matas y el pasto crecen libres. Además hay un pino gigante y arbustos. Pronto construirán allí también, como en todos lados, pero todavía es de ellos. Mientras camina, Mauro piensa que sería buena idea cavar un pozo y cubrirlo con hojas para ocultar el diario. Después..., ya verán.

Sentados en un tronco grueso, arrimado a la pared, sus amigos charlan con la nueva, la anteojudá. Diego y Fernando escuchan muy interesados.

Ella gesticula y les muestra la página de un cuaderno. Mauro se acerca curioso. «El jefe debe ser el primero en escribir el diario» —piensa.

—Hola —saluda serio—. ¿Por qué no me esperaron?

Las cabezas se chocan para leer. Nadie le hace caso. Vuelve a insistir:

—¡HOLA! —grita acercándose más—. ¿Qué leen?

Diego levanta la vista del cuaderno; con un chistido lo invita a sentarse en el tronco. Fernando, sin apartar los ojos del diario, le hace un lugar. En la primera página del cuaderno está escrito lo siguiente:

Octubre 22, Belgrano

Vecino misterioso: El «Carnicero loco». Motivos de la investigación: 1) Intento de matar a Satanás. 2) Vender carne no comestible o robada.

Detective a cargo: Adela Obarrio y...

Mauro mira asombrado a la chica. «Tiene buenas ideas» —piensa. Lo de *robada* no se le había ocurrido. Al mismo tiempo no quiere reconocerlo. *Él* manda, ella aún no ha sido aceptada.

—Está bien —concede sin entusiasmo—, pero te olvidaste de

algunas cosas. Por ahora sos detective a prueba. ¿No te lo dijeron los chicos? Y agregá primero nuestros nombres: Mauro, Diego, Fernando. También las direcciones y el *párrafo*.

—¿Qué era pá...? —trata de preguntar Diego.

Mauro le dirige una mirada furibunda y recita:

—«Por favor, si encontró este diario...» —y se despacha con toda la frase.

Adela anota lo que se le dicta con letra pareja y estirada. Está ansiosa por entrar en acción. Con voz entrecortada les explica su plan.

—La carnicería cierra a las siete. Hay que espiar al carnicero, ver adónde va, cuál es su casa.

Diego la interrumpe irónico.

—No va a ninguna parte. Desde que llegó al barrio, hace tres meses, vive en la habitación de al lado, con entrada y salida a la calle —y en tono fanfarrón—: yo lo averigüé. Papá conoce a todos por acá.

Adela se saca los anteojos y los limpia con el ruedo de la pollera para ganar tiempo.

—Muy bien —aprueba—. Ya sabemos dónde vive. Entonces hay que entrar en la carnicería. Y si él no

aparece, abrir la heladera que está contra la pared, para ver que tiene ahí.

Diego lanza una risita nerviosa.

—¡Y qué te creés que va a tener en la heladera...! ¿Un cadáver?

Mauro hace un gesto de impaciencia.

—Mirá, estamos investigando —con voz severa—. Así que revisar la heladera es una buena idea. Total si no hay nada...

—Buscamos por otro lado —agrega Fernando—, o dejamos el caso —y mirando a Adela—: Mientras vos buscás pistas, nosotros vigilamos la salida desde el puente.

—¡Muy buena idea! —Mauro no

quiere perder la manija de jefe—. Desde el puente se ve toda la cuadra. Si en quince minutos no volvéis, te vamos a buscar.

Fernando está entusiasmado. Diego, en cambio, mira a sus amigos moviendo la cabeza, nada convencido con el plan. Se está haciendo de noche, la semioscuridad proyecta sombras gigantescas en ambos muros del bosquecito. Al fin se atreve a explicar a los otros sus temores.

—Nos vamos a meter en un lío bárbaro. Adela exagera y vos, Mauro... Bueno, ustedes se la pasan leyendo cosas raras.

Adela se enfurece. Así, enfurecida, se siente más valiente, dispuesta a todo. Saca una linterna del bolsillo, la prueba, y empieza a caminar sin despedirse.

—Yo voy a averiguar lo que sea — dice—. El que tenga miedo que se quede.

Tres pares de pies van tras ella, la siguen a corta distancia hasta doblar la esquina y los chicos la ven acercarse con cautela a la puerta angosta, que arriba anuncia en su cartel despintado:

ZOI O CARN ERÍA

Antes de entrar, Adela echa un vistazo rápido a su alrededor. De repente siente un cuerpo frío frotándose

contra su pierna. El corazón le retumba en el pecho. Aterrada mira hacia abajo. ¿Será Satanás? No es el gato. Un lengüetazo fresco le humedece la mano. ¡Es Picho! El perrazo amarillo la saluda moviendo la cola. Adela retrocede, lo acaricia y después lo echa. «Fuera —susurra—, no me podés acompañar. Más tarde te voy a traer comida». Picho gruñe y finalmente se aleja. Desde la esquina ladra, como si quisiera prevenirla.

Ya es noche cerrada. Con todo sigilo, Adela entra en la carnicería. Y como la vez anterior, la encuentra vacía. No se ve al hombre peludo. Ni siquiera

hay pedazos de carne sobre el mostrador de fórmica. Una lamparita muy débil ilumina apenas el local. A su izquierda está la heladera de tres puertas. Adela respira hondo, se acerca en puntillas y abre las dos primeras. Tiene que ser valiente, si no, ¿qué van a pensar los chicos?

Esa parte de la heladera está vacía, y aunque fría parece haber sido desenchufada desde hace rato. Abre la segunda puerta, sin esfuerzo porque el cierre está roto. «Por eso la desenchufaron —piensa—, no congela». Sólo hay una bolsa de residuos llena, en un rincón. Está a punto de revisarla,

cuando siente el rumor de un auto que se acerca. El motor acelera y se para, como si le fallara algo por dentro. Por fin se detiene. El ruido de una puerta que se abre y se cierra, y pasos. Una voz fuerte llama desde afuera: «Zoilo». El hombre se ha detenido junto a la ventana. Sin pensarlo más, temiendo ser descubierta, Adela se mete dentro de la heladera. Tiene el cierre roto y está desenchufada. La puerta entornada le permitirá respirar... y espiar, sin que la descubran. «Es por un rato —se dice para cobrar ánimos—, hasta que ese hombre se vaya». Además si ella no sale, los chicos no tardarán en venir a

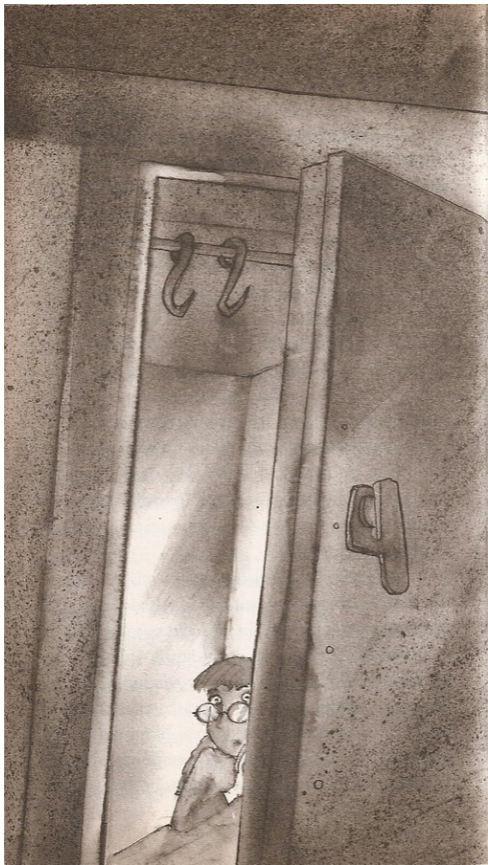
buscarla.

Por la minúscula abertura, ve al desconocido que entra. Es petiso, usa traje marrón y tiene los zapatones embarrados.

—¡Zoilo! —vuelve a gritar desde adentro—. ¡Vamos que estoy apurado!

Adela no ve al carnicero; oye el tintineo metálico de la cortina y otros pasos, distintos, más apagados. Luego la voz inconfundible como un graznido.

—¿Trajiste la mercadería? Poné todo en la heladera.



6

SOSPECHAS

Ya son las siete y media. Debajo del puente, en terrenos del ferrocarril, los trabajadores terminaron sus acarreos. Quedan los galpones solitarios, con sus pilas y pilas de bolsas acumuladas. En el tinglado de chapas, el único habitado, se reúnen maquinistas y guardas al resplandor de un farol. Por la única ventana entreabierta, huyen las risotadas de los hombres que juegan a las cartas.

Picho husmea entre los galpones

buscando qué comer.

Rasguña una bolsa de residuos con el hocico y las patas y luego la abandona con un gruñido de queja. De una carrerita llega al puente y se detiene en la subida. Mira hacia arriba y vuelve a gruñir y a ladrar.

Agazapados junto a la baranda colorada, los chicos han visto todo. El camioncito gris que llegó carraspeando y se detuvo frente a la carnicería. Y al hombre de traje marrón que entró y no volvió a salir.

—Vamos a buscar a Adela —ordena Mauro preocupado—. ¡Le puede pasar algo!

—¿Y qué le va a pasar? —dice Diego nervioso—. Además fue ella la que quiso ir. Ya les dije, con una chica no se puede investigar.

—¡Callate! —lo interrumpe Fernando repentinamente enojado—. Para ser chica, ¡es muy valiente! Pero yo pienso que es mejor esperar. Si se escondió, nosotros lo vamos a arruinar todo.

—Está bien —acepta Mauro a regañadientes—. Esperamos cinco minutos más.

Entretenidos con la charla, los chicos no han visto al hombre de uniforme azul que salió del tinglado a

tomar aire y que, al descubrirlos asomados, empieza a caminar en dirección a ellos. Llega sin hacer ruido al primer tramo de subida y les grita desde allí:

—¿Qué hacen? Vamos, chicos, bajen enseguida. Vengan para acá.

En medio del silencio, el repentino llamado suena amenazador. Diego y Fernando miran al hombre paralizados. Mauro no tarda en reaccionar.

—Estamos esperando a una amiga —dice sin moverse—. Enseguidita bajamos.

—Bajen los tres *ahora* —insiste el hombre—. Quiero hacerles unas

preguntas.

¿Cómo negarse? Obedecen, y son conducidos amablemente hasta el tinglado. El de uniforme quiere saber bastantes cosas. ¿Dónde viven? ¿Qué estaban haciendo ahí? Les puede ocurrir un accidente, ese tramo es muy peligroso. ¿No ven que taita el alambre tejido y la baranda tiene barrotes muy separados? No es un buen lugar para jugar. Y menos de noche. Deberían estar todos durmiendo en sus casas. Mientras el hombre los sermonea, los minutos vuelan, su amiga sigue en la carnicería y ellos inmovilizados por el guarda de tren charlatán.

Adela tiembla, aunque dentro de la heladera desenchufada hace calor. Si el visitante abre la puerta será su fin... y el fin de la investigación. Le gotean la frente, las manos, la blusa absorbe como esponja la transpiración.

—No traigo nada —dice el hombre de saco marrón—. Desde hace unos días han puesto vigilancia.

¡No van a abrir la heladera! Es tan grande el alivio, que Adela está a punto de llorar.

—¡Cómo que no trajiste nada! —grita el carnicero—. Hace más de una semana que los clientes esperan.

—¡Cálmate, no grites! —chista el

otro—. Te dije que vigilan. Acordate de que la mercadería no es limpia. Va a ser mejor que te vengas vos a Zárate a buscarla.

—Está bien —contesta Zoilo en un graznido—. El sábado tomo el último ómnibus. Esperame en la terminal. Y me llevás enseguida a la fábrica a cargar el bulto. ¡No me falles! —amenaza—. Mirá que los clientes ya pagaron la mitad.

—Entonces, ¿me podes dar otro adelanto? Ando sin efectivo y... ¡Pará! ¡No te enojés! —con voz agitada—. Te busco el sábado en la terminal.

Adela pega un respingo. La

sorprende un ruido seco seguido de un jadeo. El hombre de marrón retrocede, como si bailara.

Los pasos se alejan. Desaparecen los zapatones. No hay más voces ni otros sonidos por un rato. Sin embargo la chica presiente que el carnicero todavía está allí. El chirrido de la sierra eléctrica se lo confirma. ¡Está cortando carne! ¿Cuánto más podrá resistir? Tiene mucho calor, las mejillas le arden por tantos nervios. «Era cierto —piensa sofocada— vende carne que no es comestible. El de marrón dijo que no era limpia. Sospecha número dos confirmada, tengo que salir y decírselo a

los chicos». Envalentonada se incorpora y espía en cuclillas por la rendija. Entonces la suela de los zapatos resbala en la superficie húmeda y el cuerpo se bambolea hacia un costado. Trata de incorporarse apoyando el codo y el brazo derechos, y sin querer mete la mano en la bolsa de residuos. Tantea algo frío y duro. Repugnada saca la mano. No hay más remedio, *tiene* que revisar dentro de la bolsa. Podría ser una pista. Con dedos húmedos busca la linterna en su bolsillo. La sostiene con una mano, con la otra corre el borde del plástico y enfoca con el haz de luz. Adela ahoga un grito de espanto. El

gato, inmóvil, con la boca entreabierta, tiene un tajo que le parte en dos la garganta. Y no puede contenerse: abre la puerta. Sin saber si estará a salvo del Carnicero Loco. Con el estómago revuelto y la impresión martillando en su cerebro. Satanás asesinado. Sospecha número uno, confirmada.



¿QUIÉN SE ANIMA A IR A ZÁRATE?

—¿Estás segura? —Diego no puede creer lo que oye.

—¡Vamos! —pide Fernando—. Contalo todo otra vez.

Adela está segura: pudo escapar sin ser vista. Ahora, más repuesta del susto y del asco por haber descubierto al gato muerto, empieza a sentirse la heroína del día.

Mientras tanto, Picho, que la siguió y espera su promesa comestible, husmea hambriento los bolsillos de Diego.

En el bosquecito sopla una brisa cálida. Salvo las luces que se escabullen al paso de los autos, los rodea una casi oscuridad. Los chicos no piensan que ya es hora de volver a sus casas, el relato de la anteojuda es demasiado excitante. Los tres la escuchan en respetuoso silencio. Cuando ella hace un alto, sofocada, Mauro aprovecha para tomar la palabra.

—Yo estaba seguro de que ahí pasaba algo raro —dice fanfarrón. Y mira con ironía a Diego—: ¿Viste?

Después de todo, *sí* había un cadáver en la heladera. Pero la investigación recién empieza. ¿Quién se anima a ir a Zárate?

—Voy a tener que ir yo —interviene Diego con un suspiro—. Tengo una buena excusa.

—¿Qué excusa? —pregunta sorprendido Fernando—. ¿No era Diego el que se oponía a investigar?

—Mi tía vive ahí, es soltera y siempre me está pidiendo que la vaya a visitar.

—¡Qué buena suerte! —grita Mauro.

—¡No te creas! —gruñe Diego—.

Vos porque no la conocés a mi tía. Es buena, pero habla y habla sin parar.

—¿Y yo no te puedo acompañar? —
arriesga Fernando.

Adela mira furiosa a los varones. Después de semejante aventura y de todo lo que averiguó, ¿la van a hacer a un lado? Se para enojadísima. Picho salta entusiasmado creyendo que le llegó el turno de engullir algo comestible.

—Esperen un poco. ¿Soy o no soy la detective a cargo? Es *obvio* que tendría que ir *yo*.

—Detective *a prueba* —corrige Mauro—. Bueno..., si se te ocurre una excusa mejor que la de Diego...

Adela vuelve a sentarse desanimada. No tiene ningún pretexto para viajar a

Zárate. Durante la semana sus padres trabajan todo el día y ella decide muchas cosas sola pero... ¡Ni pensar en escaparse tan lejos un sábado! Ellos se pondrían furiosos. Su silencio anima a los chicos.

—Creo que Fernando puede venir conmigo —dice Diego entusiasmándose—. Si su mamá lo deja, claro.

—¿Y por qué no le pedís permiso a tu papá? —pregunta Adela, todavía un poco resentida.

—Papá trabaja en Bariloche. Viene una vez por mes. Antes vivíamos todos allá, pero mamá extrañaba y tuvimos que volver —y avergonzado por tanta

explicación, afirma agrandado—: no te preocupes Diego, puedo ir a Zárate a investigar. De pedir permiso, ¡me encargo yo!

Y fue más fácil de lo que esperaban, porque ni siquiera tuvieron que pedir ellos el permiso. Ese mismo viernes, por la mañana, como si hubiera adivinado los pensamientos de los chicos, la propia tía Braulia llamó por teléfono. ¡Y Diego atendió! ¡Qué contenta se puso la tía cuando él le dijo todo lo que la extrañaba! ¿A ella no le molestaría que fuera a visitarla el sábado? Sí, este sábado, y con un amigo. Un amigo que estaba deseando conocer

Zárate. ¡Pobre Fernando! (así se llamaba), necesitaba distraerse un poco. ¡Extrañaba tanto a su papá! No, a la tía Braulia no le importaba que fueran, es más, estaría chochísima de tenerlos de visita a los dos. Y ella en persona, se encargó de hablar enseguida con los padres de Diego.

Una hora más tarde, Ramón, asombradísimo, («¿desde cuándo Diego extrañaba tanto a la tía?», pensaba) tocó el timbre del departamento de Fernando para hablar con Ana, la mamá. Y después de algunas explicaciones, la mamá, asombradísima, («¿desde cuándo Fernando estaba deseando conocer

Zarate?», pensaba) aceptó el viaje de los chicos.

Sí, fue más fácil de lo que esperaban.

Son las diez de la mañana del sábado. Los dos amigos y Ramón (que insistió en acompañarlos para estar seguro de que no se confundieran de ómnibus), llegan a la terminal de plaza Once.

Cargados con sus mochilas, Fernando y Diego no paran de codearse y secretear. Ya el ómnibus abre sus puertas, cuando Diego recuerda algo importantísimo: no lleva «refuerzos

comestibles» para el viaje.

—Ya vuelvo —dice repentinamente.

Y sale disparando hacia el kiosco más cercano. Mentalmente hace una lista de las provisiones necesarias: cuatro alfajores, una bolsa de masticables, dos jugos de manzana y... Pero antes de llegar al kiosco tiene que volver porque Fernando grita como un loco, y Ramón lo llama.

Ya les llega el turno de subir, y no es cuestión de perder sus asientos y viajar más de dos horas parados. «¡Los sacrificios que hay que hacer por la investigación!».

El ómnibus frena, se sacude, dobla.

Es mediodía. Diego se despierta. El estómago le hace puros ruidos y está de malhumor. Fernando le tironea del brazo.

—Llegamos a Zárate.

El ómnibus corre a los resoplidos por Almirante Brown, como una bestia impaciente por llegar a su guarida. Al pasar por la heladería moderna, recién inaugurada en la esquina, Diego se reanima un poco. «Esta vez —piensa— me voy a comer un cucuruchón, ¡y nadie me va a apurar!».

Fernando observa asombrado la pared de la entrada a la estación. Una pintura-mural de un hombre con barba

les da la bienvenida. Fernando recuerda al carnicero Loco, el encuentro de esa noche, y un escalofrío le recorre la espalda. No están sólo de paseo. Han venido a investigar. La terminal, un túnel ancho y oscuro, rodeado por ventanas circulares, los inspecciona con sus ojos gigantescos. Y no se ve a la tía Braulia por ninguna parte.

Recorren el lugar de punta a punta. Por fin, desalentados, se sientan a esperarla en un banco de piedra.

Al rato, desde un altoparlante los llaman por sus nombres: *Diego Gómez y Fernando Malbrán, presentarse en informes, ventanilla cuatro.*

Braulia les ha dejado un mensaje. Está muy atrasada, es mejor que la esperen en la heladería. Pueden pedir dos cucuruchos. Ya están pagos.

A pesar del cansancio Diego empieza a caminar rapidísimo. Y Fernando, ¿por qué se quedó tan atrás? Fernando se ha tomado en serio su papel de turista. En el minibar de la terminal examina interesado una vieja fonola. Desde la puerta, Diego le hace señas para que se apure. Nada.

—¿Este armatoste funciona? — pregunta Fernando al joven del mostrador.

—¡Claro que sí! Tenés que poner

una moneda y apretar los botones. Primero fijate si te gusta alguno de los temas —le advierte—. Mirá que son muy viejos.

Y ante la desesperación de Diego que no aparta la vista de la heladería de enfrente, Fernando busca monedas en la caja y las coloca en la ranura. Una música con ruidos empieza a sonar.

—¿Qué pusiste? —Diego pregunta furioso a su amigo, sin moverse de la puerta.

—¡Una canción de los Beatles! —grita el otro sin inmutarse—. Es el grupo preferido de papá.

Pero Diego ya no lo escucha.

Contempla con ojos desorbitados la cortina metálica de la heladería que lentamente empieza a bajar. Está a punto de gritarle que se apure, que a lo mejor todavía llegan, cuando lo ve. El hombre cruza la calle y se acerca a pasos cortos. Es muy petiso, usa traje marrón y tiene unos ridículos zapatones. Diego le da la espalda justo a tiempo. El hombre no lo ha visto, se dirige apurado hacia una de las ventanillas.

—El último ómnibus que sale de Buenos Aires esta noche —pregunta con voz aflautada—, ¿a qué hora llega, por favor?



8

LA TÍA BRAULIA

A medianoche, sí o sí, tendrán que volver a la estación de ómnibus. Ya saben la hora del encuentro. El carnicero y el hombre de marrón deberán ser vigilados.

Fernando no hace más que pensar en esto, cuando ve llegar a Braulia, demorada pero entusiasmadísima. Justo a tiempo para impedir que los dueños cierren la heladería a la hora de la siesta. Y pedir así los famosos

cucuruchones. La tía viene cargada de bolsas y proyectos para compartir una tarde entera de excursión con los chicos.

—Fernando no puede irse sin conocer Zárate a fondo. Si tenemos tiempo también podríamos visitar Lima, es un pueblito muy pintoresco.

Los dos asienten en silencio. Diego, muy concentrado, lame su helado de frutilla y frambuesa. Fernando mastica el suyo de dulce de leche y dulce de leche granizado.

—¿No te duelen los dientes con el frío? —investiga Diego admirado con la técnica de mordisco de su amigo.

No, a Fernando no le duelen los

dientes, lamerlo, en cambio, le congelaría la lengua. Braulia ignora los pormenores de la charla y sigue insistiendo.

—Ya tengo todo preparado. Y alquilé unas bicicletas para no cansarnos. Primero vamos a conocer el centro, después el Náutico, el puerto y el puente Zárate Brazo Largo, el orgullo de por acá.

Terminados los helados, los tres toman un colectivo hasta Villa Fox. Allí la tía tiene su casa de ladrillos con ventanas pintadas de verde y un cartelito en la puerta que dice: «Modista». El almuerzo liviano está listo en un

santiamén: salchichas con puré y sendos pedazos de torta de chocolate. ¡Tras semejante helado nadie quiere comer más!

Las bicicletas esperan. Y a pedalear, a pedalear sin desmayos hasta la plaza. Y a mirar hacia donde indica la tía.

—Fernando, ésa es la municipalidad —comenta orgullosa—, ¿viste qué linda la iglesia?

Fernando recuerda la capilla del hotel Llao Llao, cerca de su querido Bariloche. Va a hacer un comentario pero cierra la boca. No quiere ofender a Braulia. «Además, todas las iglesias son lindas», piensa para sí.

—Esa es la escuela donde yo estudié
—sigue diciendo la tía de Diego—.
Ahora vamos hasta el río, síganme,
quiero mostrarles el club Náutico.
¡Animo! ¡Andando!

El camino baja y sube. Diego baja y sube, frena, pedalea el doble y transpira. Fernando mira hacia la derecha; parece que están llegando. ¡Menos mal! Ya se ve un inmenso galpón de chapas para guardar los botes, un globo inflable protege la gran pileta. Más allá, una escalinata conduce directo al río. Fernando es el primero en bajar de la bicicleta; se saca los zapatos y mete los pies calientes en el agua fresquita.

Diego ya se acerca dispuesto a chapalear. Muy próximos a la costa pasan los barquitos de plástico timoneados por chicos de su edad. ¡Qué envidia sienten los dos! ¡Qué suertudos! La tía sorprende sus miradas curiosas y explica.

—Esos veleritos se llaman «optimist». Hay chicos que navegan desde los cinco años. Otro día voy a averiguar si se alquilan.

¡Qué buena idea! Dan ganas de quedarse toda la tarde a la sombra, con los pies metidos en el agua, mirando pasar los barcos nuevitos. La tía, en cambio, tiene otros planes. Ya está otra

vez subida en su bicicleta y les hace señas para que se apuren. El tiempo pasa volando y todavía queda mucho camino por recorrer.

—Vamos a tomar un desvío — propone Braulia— y de paso ven el puente de lejos. Síganme.

Y la siguen. Fernando con menos entusiasmo que calor. Diego, pedaleando a los resoplidos. A su bicicleta alquilada hubo que subirle el asiento y el volante. Aun así, tiene que pedalear el doble que los otros para no quedarse atrás. El camino, ahora en subida, tuerce hacia la derecha y continúa en línea recta. De un lado,

casitas humildes, algún rancho, un almacén, del otro el bañado, un extenso manchón verde. En una esquina, Braulia dobla para internarse en la huella que cruza la Villa Angus. Los chicos se detienen casi al mismo tiempo. Frente a ellos el camino se trunca en un portón enorme, con pilares, rejas y faroles a cada lado. El cartel muestra un sol desteñido y abajo el nombre: *Reysol*. El lugar es semejante a una fortaleza abandonada. Con edificios, en lugar de castillos. Edificios antiguos de paredes grises y muchas ventanas con los vidrios rotos. Un cuidador dormido, en su casilla desvencijada, es el centinela de

Reysol. Pero no son los edificios viejos, ni el portal de la entrada lo que más sorprende a los chicos. A escasos metros de la casilla, estacionado frente a un galpón de chapas, hay un camioncito gris.

Diego y Fernando no pueden creer en semejante coincidencia. Aunque están casi seguros ninguno de los dos se atreve a confirmar en voz alta su descubrimiento. Hasta que Fernando reacciona:

—Parece el mismo camioncito del tipo de marrón —dice con voz ahogada.

—Sí, es idéntico al que paró en la carnicería —afirma Diego—. ¿Qué

lugar será éste? ¿Un frigorífico?

—Hay que preguntarle a tu tía — dice Fernando—. ¡Vamos!

Pedaleando vigorosamente logran alcanzar a Braulia. Diego toma aliento y hace su pregunta. Enseguida comienzan las explicaciones: Antes, *Reysol* era una fábrica de hilados de rayón. La tía lo sabe muy bien, porque desde chica se crio entre sedas y géneros. Su madre también era modista y le contaba que...

—¿Seguro que no hay un frigorífico ahí? —insiste Diego.

La tía lo mira molesta por la interrupción. «Justo les estaba explicando que cuando cerró la fábrica,

mi mamá...». Diego frena de golpe, un cascote enorme se le incrustó en la rueda, pierde el equilibrio y cae con la bicicleta y todo sobre la calle de tierra. Desde el piso, se sacude el polvo de la panza y las rodillas, y exclama furioso:

—Pero *ahora*, ¿es o no es un frigorífico?

Braulia, que ha bajado de su bici dispuesta a socorrerlo, retrocede extrañada. ¿Qué le pasa a su sobrino? ¿Por qué tanto interés en una fábrica vieja que ya no funciona?

—No sé —admite—, está cerrada. A lo mejor alquilan el galpón o alguno de los edificios. ¿Quieren conocer un

frigorífico? Los puedo llevar a la Cooperativa Martín Fierro, si pedaleamos...

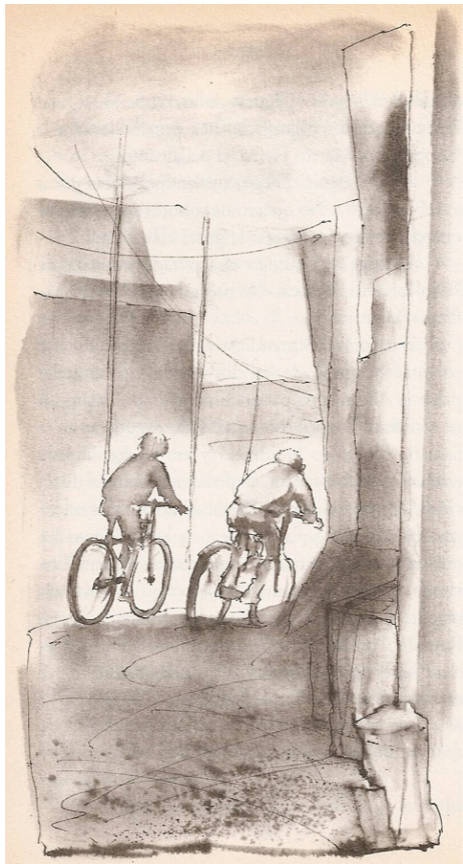
—NO —grita Diego, subiendo a duras penas a su bicicleta—. No queremos conocer nada más, lo que pasa es que *ese lugar* le gustó a Fernando.

Y dirige a su amigo una mirada amenazante: «Ojo con abrir la boca. No metas la pata», le telegrafía con la mente.

Fernando ha entendido, no piensa pronunciar palabra. Ninguno de los dos vuelve a pronunciar palabra. Ahora la tía parlanchina y dinámica propone visitar la Cooperativa Martín Fierro,

que antes se llamaba frigorífico Smithfield y era de los ingleses cuando todavía estaban... Y pedalea ágil en esa dirección. ¿Cómo va a privar a Fernando de conocer ese lugar? Dando un gemido, Diego la sigue; siente los músculos de las piernas como pelotas de madera. Fernando también está cansado, pero algo mucho más urgente lo preocupa. ¿Qué hacía el camioncito gris en *Reysol*? ¿Podrán salir esa noche sin despertar sospechas? Ya están en Zárate, y la investigación se vuelve más complicada de lo que pensaban.





9

CITA A MEDIANOCHE

Han terminado de comer; la tarta de jamón y queso, especialidad de Braulia, estaba exquisita. De postre, en honor a los huéspedes, la tía preparó una fuente de panqueques con dulce de leche. Agotados por la succulenta comida y la larga bicicleteada, los chicos apenas escuchan su charla. Mientras hilvana una pollera, Braulia sigue instruyendo a Fernando sobre los encantos de la ciudad y sus alrededores.

Diego mira de reojo su reloj pulsera: son las once pasadas. No olvida la aventura que los espera, pero se le cierran los ojos del cansancio. De repente, un comentario de Braulia lo despabila.

—Han desaparecido vacas en muchos campos últimamente. Los dueños están preocupados. La gente comenta que en lugares clandestinos se vende la carne robada.

—¿Y dónde quedan esos lugares clandestinos?

—¿La policía no hace nada?

Preguntan los chicos casi al mismo tiempo.

La tía deja de coser y los mira sorprendida.

—Bueno, son clandestinos, nadie sabe dónde están —balbucea insegura—, son rumores. Y la policía se queja de que tiene tantas denuncias que no puede atenderlas a todas. Y que les falta personal, autos y cosas así.

—¿Cómo se hacen las denuncias? — quiere saber Fernando.

—La gente va a la policía y dice lo que sabe. Aunque también hay denuncias anónimas. Los que tienen miedo prefieren hablar por teléfono y denunciar sin dar sus nombres.

¡En eso no habían pensado! «Parece

bastante fácil —se dice Fernando—, si descubren algo raro pueden llamar por teléfono a la comisaría y haciendo voz de grandes decir lo que saben».

—¿Por qué no cambiamos de tema? —propone incómoda la tía—. No sé por qué les cuento todo esto. No son cosas de chicos. ¿Qué les pareció el paseo de hoy? Se acuerdan de...

La tía vuelve a su costura y se zambulle contenta en otra charla.

Es casi medianoche. La terminal queda un poco lejos. Para encontrar un buen escondite y observar sin ser vistos, tendrían que llegar temprano. Y Braulia no habla una palabra... de irse a dormir.

Los chicos se miran desconsolados. ¿Habrán venido hasta Zárate para nada? ¿Qué les dirán a la vuelta a sus amigos? El campanilleo insistente del teléfono los llena de esperanzas. Braulia va a atender. Los chicos cuchichean desesperados.

—¿Hasta qué hora se quedará levantada? ¿Qué vamos a hacer?

—No te preocupes —lo tranquiliza Diego—. Finjamos que tenemos mucho sueño y ella también se va a ir a acostar. Vos hacé lo que yo te diga.

Al rato entra la tía muy animada.

—Era tu papá, Diego, y la mamá de tu amigo. No pudieron comunicarse

antes, querían saber cómo habían llegado y...

Al ver a los chicos en semejantes posturas baja la voz.

Diego yace derrumbado en el sillón, con las piernas colgando y los ojos cerrados. Fernando, sentado en su silla, ronca y silba, con la cabeza y los brazos apoyados sobre la mesa.

—¡Qué barbaridad! —murmura ella en voz baja—. ¡Pobrecitos! ¡Qué tarde se ha hecho! —Y toca primero a su sobrino de lo más afligida.

—¡Qué pasa! ¡Qué pasa! —Diego da un respingo y abre los ojos como platos.

—Nada querido —dice Braulia con

suavidad—. Es mejor que se vayan a la cama.

Fernando despierta con un ronquido fortísimo, murmura inentendibles perdones, y acompaña a su amigo arrastrando los pies. Braulia los despide en la puerta del dormitorio; con remordimientos, al pensar en el largo paseo, se dirige bostezando al suyo.

Ya en el cuarto, los chicos discuten el plan de Diego en voz muy baja.

Media hora después, cuando suponen que la tía está acostada, se levantan a ponerlo en práctica en puntas de pie. Sacan dos frazadas del ropero y se reparten la ropa de las mochilas: dos

jeans, dos suéteres y dos remeras. Cada uno fabrica un cuerpo simulado y lo introduce en su cama. Las sábanas subidas hasta la almohada. Apenas deben verse los mechones oscuros (dos medias marrones de Diego), imitación pelo.

—¿Te parece que no sospechará? —
Fernando acomoda su media cabellera.

—Estoy seguro —lo ataja Diego—. En la oscuridad... Además ella no va a entrar al cuarto. Esto es por las dudas. Poné la almohada más cerca de la cabeza. Tenés muy poco pelo.

Y Diego adhiere la sábana a su cuerpo con aire profesional. ¿Se habrá

hecho más flaco? No. Ni se le nota.

Sorpresivamente, la voz de Braulia retumba en la casa silenciosa.

—¡Diego! ¿Estás despierto?

Y los chicos paralizados del susto.

—¿Qué hacemos? —murmura

Fernando sin voz.

—Meternos debajo de las camas.

Y cada uno corre a deslizarse bajo la propia.

La tía camina por el corredor. Golpea con insistencia la puerta.

—¿Todavía están despiertos? Oí ruidos raros. ¿Eran ustedes?

Silencio. El picaporte se inclina, baja lentamente. La puerta se abre unos

centímetros. Entra la tenue luz del pasillo. Diego no puede ver a su tía. Pero ella sí debe de estar viendo el interior del cuarto. Desesperado, ruega que su truco tenga efecto. Con un chirrido, la puerta se abre unos centímetros más. ¡Están perdidos! ¡Va a entrar!

Como si hubiera cambiado de idea, o temiera despertarlos, Braulia vuelve a entornarla con suavidad. Y los pasos se pierden en el pasillo, y otra puerta, la del dormitorio de la tía, acaba de cerrarse. ¡Apenas se atreven a creerlo!

Diego emerge del suelo, sucio, despeinado, pero con los ojos brillantes.

—¡Vamos! —cuchichea animado—.

Ya no va a volver. ¡El truco resultó!

Sin pérdida de tiempo, abren la ventana, saltan un metro escaso hasta el jardín y corren a buscar las bicicletas en el cuarto de herramientas.

En la estación de ómnibus, un grupo de personas espera el último «Chevallier». ¿Dónde ubicarse para no llamar la atención? Hay poca gente. A esa hora no es fácil pasar inadvertidos. Por nada del mundo querrían ser vistos por el carnicero y el hombre de marrón. En el reloj de Diego ya es la una y cuarto. Los chicos deciden vigilar la terminal desde la heladería.

Pese a lo avanzado de la hora, el negocio sigue abierto y varios pasajeros, entre ellos un chico morochito, chupetean sus helados sin hacerles el menor caso. La emoción por la escapada no le impide a Diego envidiarles los helados. Fernando, en cambio, observa atento hada la calle. La garganta se le seca de repente. El camioncito gris acaba de aparecer y se estaciona enfrente. Baja el hombre de marrón, irreconocible sin su traje, con unos *jeans* azules y enormes zapatillas. Por su aspecto y el vehículo, no pueden estar equivocados. Diego codea a Fernando.

—Es él. Estoy seguro.

Han vuelto en busca de sus bicicletas, encadenadas un rato antes a un plátano, y ahora esperan en la esquina protegidos tras el ancho tronco.

Agazapados, espiando, a las dos en punto, ven pasar el ómnibus furibundo y a los resoplidos. Minutos después divisan las dos siluetas. El carnicero barbudo lleva un bolsón de viaje, el de marrón le trota al lado. Sin hablar, el extraño dúo llega hasta el camioncito estacionado.

—Apenas arranquen —susurra Fernando, que se ha quedado sin voz—, los seguimos.

Diego asiente, con la respiración agitada y un pie listo en el pedal. Los dos saben que la investigación recién empieza. ¡Y que ahora va en serio!



10

EL HOMBRE DE MARRÓN

Todo está saliendo bien, casi igual a lo imaginado. Al poco rato de seguir al vehículo, a prudente distancia y con precauciones para no ser vistos, los chicos confirman lo que sospechaban.

—Es el mismo camino que hicimos nosotros esta tarde. Van a *Reysol*.

Diego tiene razón. El camión baja, dobla a la derecha, sigue por la huella

conocida y al llegar al portón se detiene.

El guardia no está en su casilla. El lugar parece desierto. El vehículo entra con los faros apagados y estaciona frente al destartalado galpón. Los dos hombres no tardan en descender y se pierden juntos entre los edificios.

A un costado del camino, los chicos no se deciden.

—Ahora, ¿qué hacemos? —dice Diego desorientado.

«¿Qué hacemos?», piensa también Fernando. Esta parte de la investigación no la tenían bien planeada. ¿Deben esperar a que los hombres salgan? ¿Podrán averiguar algo desde afuera?

—Demos una vuelta alrededor de la fábrica. Por si llega otro auto. El carnicero vino a buscar su mercadería, en algo pensará llevarla. En ese bolsón de viaje no le entra.

—A lo mejor el petiso lo acerca en su camión.

—¿Hasta Buenos Aires? ¿Para qué lo hizo venir entonces? Le hubiera llevado la carne él y listo.

Diego se pone colorado de vergüenza. Su amigo tiene razón.

¡Para qué habrá abierto la boca sin pensar! Se exprime el cerebro y arriesga.

—Seguro que el carnicero tiene un

cómplice. Alguien que va a venir a buscarlo.

—O *ya vino*, y está escondido, esperando.

Los chicos miran asustados a su alrededor. No se ve un alma en el camino de tierra. Aun así, deben actuar con rapidez. Podrían descubrirlos a ellos; o ellos no descubrir nada por quedarse ahí discutiendo.

A un lado del huellón principal, en terrenos del bañado, encuentran una casucha de madera, semiderruida y llena de yuyos. Ocultan allí las bicicletas.

Poco después, entran sigilosos a *Reysol*. Y dan un rodeo, lo más lejos

posible del galpón, bordeando los restantes edificios. Tras las fachadas grises, el terreno se continúa en pastizales altos que llegan al río. Amarrada a un desvencijado muelle, una lancha cubierta por una lona verde balancea su panza al compás de la corriente.

—Vamos a examinarla —se entusiasma Fernando.

El ruido de un vehículo que se aproxima enfría los ánimos de los chicos. Un Jeep blanco y azul entra sorpresivamente y se dirige con los faros encendidos al frente mismo del galpón.

En el medio del descampado, los chicos son un blanco visible para la luz de los faros. Fernando mira hacia la lancha y sin pensarlo más corre hacia allí arrastrando a Diego. Sorprendido, éste trastabilla, cae y se levanta con gesto de dolor.

Fernando ya está en cubierta. Sorteando cabos y forcejea hasta levantar un extremo de la lona verde. Por primera vez en su vida, da gracias por ser menudo y bajito. Él puede entrar por ese hueco. ¿Podrá Diego? Su amigo, en el escalón del muelle, no se decide a saltar. Está pálido y se frota con insistencia el tobillo.

—Creo que me lo torcí en la corrida
—dice con una mueca.

—Saltá en un pie o tirate sobre la lona. Acá no hay nada duro, ya tanteé — y observando el Jeep que se acerca—: ¡Apurate! ¡Nos pueden descubrir!

Diego cae como un saco de ropa sobre la superficie verde y brillante. Ayudado por su amigo, logra introducir primero las piernas y el resto del cuerpo entra con dificultad. La cabeza asoma por un espacio libre entre las ataduras de la lona. Aquí estarán a salvo, tienen un buen escondite, Fernando vuelve a salir, Es mejor que él vigile medio en cuclillas, mientras Diego descansa su

tobillo.

En pocos segundos, comprueba aliviado que el visitante se detiene junto al camioncito gris. Enseguida se abre la puerta del galpón. Salen el carnicero y el hombrecito de marrón transportando varios bultos que ubican en la parte trasera del Jeep. Tras el acarreo, el conductor enciende el motor. El carnicero trata de subirse. El hombre de marrón quiere impedir su partida; señala la carga con ademanes airados. El otro lo empuja. Discuten. De improviso, el barbudo lo golpea en plena cara y sigue pegándole hasta que cae de bruces al suelo. Con agilidad sorprendente, el

hombrón trepa al Jeep en movimiento, que se pierde a los tumbos por el camino. Casi de inmediato, el petiso se levanta, sube al camioncito y lo hace arrancar. Pero no persigue al otro vehículo, enfila directo hacia el río, hacia la lancha, ¡hacia ellos!

Fernando contempla aterrado el avance. No hay tiempo para escapar.

—Metete bien adentro que yo me tiro, ¡vamos, rápido! —a Fernando le sorprende oír su propia voz, tan ronca y angustiada.

Y como puede, empuja a Diego. Ya no logran ver nada ahora, escondidos como están, casi asfixiados bajo la lona.

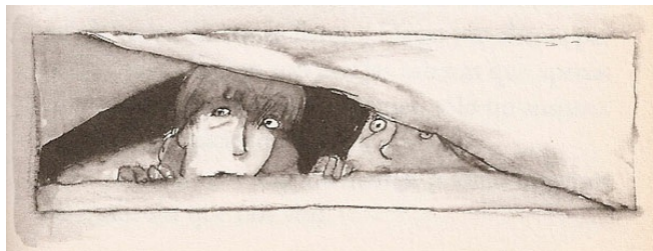
Con los cuerpos y las caras incrustadas entre bolsas enormes, con un fuerte olor a carne y a comestibles. No pueden ver. Sí oír. Por eso saben que el camión se ha detenido, que el conductor se acerca con pasos desparejos, que sube con dificultad y, maldiciendo, desata la soga amarrada al muelle. Pone en marcha el motor y no alcanza a descubrir, en la noche sin luna, que a popa el bulto es mayor que a proa. Y la lona tira más que antes de sus sogas anudadas. Ni siquiera sospecha que a bordo hay dos pasajeros nuevos.

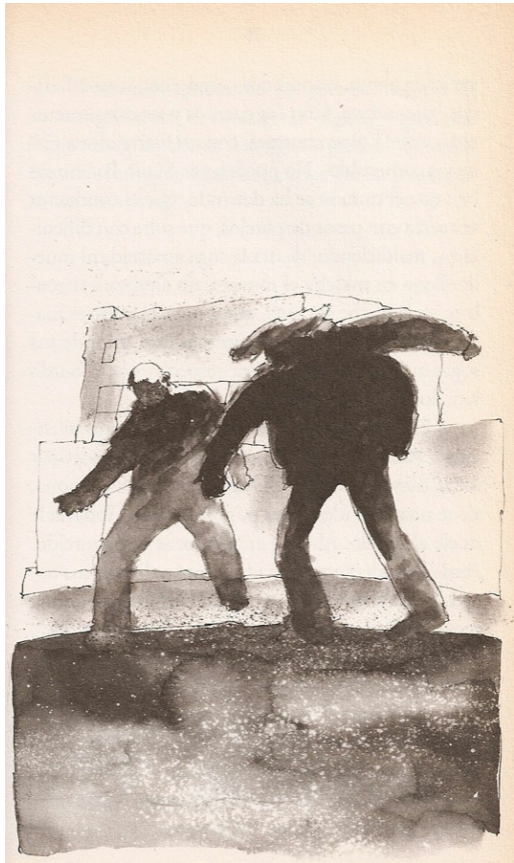
La embarcación navega con un motor silencioso. Atrapados en la oscuridad es

difícil adivinar hacia dónde se dirigen. Diego, que conoce la zona, tiene una vaga idea de su posible destino. Todavía le duele el tobillo. Ahora está seguro: se lo ha torcido. Pero el accidente no es nada comparado con sus negros pensamientos. Sí, recuerda perfectamente una región peligrosa cruzando el río. «Tierra de nadie», según le contó su tía, convertida desde hace tiempo en escondite de delincuentes. Muchas historias circulan en Zárate. Historias de presos fugados de las cárceles que viven allí tan tranquilos. Braulia dice que son exageraciones del vecindario. Ahora, en

su sofocante prisión, a Diego no le parecen exageraciones. ¿Y si lo que cuentan fuera cierto?

Fernando, ignorando los presentimientos de su amigo, trata de conservar alguna esperanza. «Cuando la lancha se detenga —piensa—, encontrarán la forma de escapar. La cuestión es: ¿cómo salir sin ser vistos?».





11

PELIGRO EN LA ISLA

La lancha disminuye la velocidad, se acorta la distancia que la separa de la costa. Están llegando a la isla. El motor se apaga. El hombre de marrón, con una herida sangrante en el labio y el pómulo derecho, sostiene una linterna que prende y apaga enfocando el muelle. Al no recibir respuesta, baja la linterna, toma el extremo del cabo anudado a cubierta y estirándose trata de amarrar la embarcación. Apenas lo consigue

desciende con la linterna encendida en la mano.

Bajo la lona, atento a cada ruido, Fernando advierte el peso que abandona la lancha. Se arrastra entonces por la borda opuesta y trata de asomar la cabeza. El aire fresco en plena cara le arranca un suspiro de alivio. El hombre, de espaldas a la lancha, no puede verlo. Fernando llama a Diego y lo alienta para que salga. Pronto son dos las cabezas que apenas emergen. Los cuchicheos urgentes, sólo un susurro.

—Está haciendo señas a alguien.

—Cada vez entiendo menos. ¿Cómo hacemos para salir sin que nos vea?

—No se puede —razona Fernando—. Esperemos a ver qué pasa.

Crujidos de ramas y varios silbidos cortos alertan al hombre. Desde allí, los chicos sólo ven al conductor del camioncito y sombras que confunden con siluetas o con árboles. Oyen voces.

Son dos los que se acercan. Con viento a favor, la conversación llega nítida a los oídos de los chicos.

—Lo esperábamos más temprano —reprocha una voz ronca.

—Hubo complicaciones. No pude venir antes.

—¿Trajo la plata y los comestibles?

—Traje comestibles. Ya les dije que

hubo complicaciones. El tipo se negó a pagar, pidió plazo, discutimos. Cuando lo amenacé me atacó por sorpresa. Se fue en un Jeep con toda la mercadería y no lo pude detener. Mire cómo tengo la cara.

—Eso no fue lo que arreglamos —el vozarrón es áspero.

—¡Les voy a pagar! ¡Denme unos días!

—¡A más tardar mañana! O...

—Esperá, Víctor —interviene otra voz aguda—. ¡Pucha que le pegaron feo, Don! ¿Qué hacemos? ¿Lo boleteamos?

—¡Es cosa mía! ¡Yo me encargo! —se enfurece el de marrón.

—Mire que si usted manda...

Tenemos gente que se va para Buenos Aires y...

—¡Yo no mando nada! Ustedes me siguen con las carneadas que yo me encargo del tipo. Ahora vamos a bajar las bolsas de la lancha. Quiero terminar de una vez.

Diego y Fernando están desesperados. ¡Van a descargar las bolsas de la lancha! ¿Qué harán cuando los encuentren? ¿Boletearlos también a ellos? Diego, muy pálido, contempla la negrura del río. Fernando entiende el mudo mensaje. Habrá que zambullirse y nadar. ¿Tendrán tiempo? ¿Y si los

delincuentes los descubren antes de...? ¿Si estuvieran armados? Los pasos retumban en el muelle. Fernando hace una seña a Diego: está listo para escabullirse él primero. Una voz aguda interrumpe el silencio y frena su acción.

—Don, las descargamos después. Usted no tiene buena cara. Venga a tomarse una ginebra con nosotros.

—Está bien. Le acepto. El trabajo, que espere.

Fernando aprieta el brazo de su amigo hasta hacerlo gemir de dolor. Entonces lo suelta avergonzado y murmura:

—¡Qué salvada!

Diego siente el estómago pesadísimo, como si esa noche en lugar de la tarta de Braulia hubiera tragado piedras. Y el tobillo le duele cada vez más. Ahora tiene esperanzas de salir de allí. Pero ¿cómo?

La cabeza le da vueltas, no puede pensar. A Fernando el miedo lo ha despabilado, se atreve a dar órdenes como si fuera el mayor.

—No perdamos tiempo. Vamos.

En su esfuerzo por salir tironea tanto de la lona, que algo cae al suelo y queda prisionero entre dos pliegues. Tantea el objeto con la mano. Un mango rígido sobresale de un largo estuche de cuero.

Casi pega un grito de alegría. Es un machete enfundado en su vaina. En Bariloche su padre tenía uno parecido y le enseñó cómo usarlo. Fernando recuerda aquellas excursiones al bosque. Su padre iba a la cabeza con el machete para abrir paso entre los matorrales. Envalentonado lo saca de la vaina, corta las sogas que atan la lona y se escabulle ágil en cubierta. Antes de seguirlo, Diego manotea dentro de una bolsa; sin mirar saca un paquete y una botella. Comida y bebida puede hacerles falta si el camino es largo. Contento con sus víveres, imita con pesadez los movimientos de su amigo. Poco después

se reúnen en el muelle.

Por un momento interminable se quedan allí, agachados, esperando. Las voces se oyen lejanas. El resplandor de una fogata chisporrotea a varios metros de la costa. Escondiéndose entre la maleza empiezan a caminar en dirección opuesta al resplandor.

Está aclarando. Avanzan penosamente entre los pajonales, juncos y cortaderas un metro por encima de sus cabezas. Fernando apenas si puede doblarlas con el machete, el tiempo suficiente como para poder pasar. Cuando la vegetación recupera su altura, los chicos desaparecen. Y a seguir,

aunque los bordes afilados de las plantas corten y rasguñen las caras y los brazos. A abrir camino, como sea, entre ramas y cañas. A Fernando le duelen tanto los brazos, por el ejercicio de sostener e impulsar el machete, que casi no los siente y tampoco las picaduras de los mosquitos. Tiene la cara congestionada y de a ratos le cuesta respirar. No pueden regresar a la costa. Todavía están demasiado cerca. Los hombres los atraparían. Hay que seguir y aguantar. Peor está Diego, con su tobillo tan hinchado no es fácil caminar.

Ya hace más de una hora que están en marcha, cuando Diego se detiene

jadeando.

—No puedo más. Si hubiera un claro para sentarse a descansar un poco...

¡Un último esfuerzo! Fernando alza el machete y trata de cortar las ramas. De improviso, un animal oscuro se lanza sobre el chico, listo para atacar. Sintiéndose acorralado, se precipita sobre él con su cuerpo de cerdo y una boca abierta de rata gigantesca.

—¡Cuidado!

Con todo el peso de su cuerpo, Diego lo tira hacia un costado. Fernando cae despatarrado sobre las ramas. Desde el suelo se arrastra, lastimándose, presa fácil de la bestia que dispara

hacia él. Pero el animal pasa rozándolo y desaparece como llegó en su refugio de cañas. Fernando recoge el machete y se queda un largo rato en silencio, respirando profundo para calmarse. ¡Si no hubiera sido por Diego! Cuando por fin logra recomponerse y hablar...

—Gracias —dice con voz ronca—. ¿Qué... qué era? ¿Un jabalí?

—Parecía un carpincho. ¡Nunca había visto uno de ese tamaño! —a Diego le gotea la frente por el susto y el esfuerzo.

Todavía tiembla cuando trata de encontrar entre la maleza la botella y el paquete, que por ayudar a su amigo dejó

caer sin darse cuenta. Por suerte están intactos, aunque ahora al ver bien las etiquetas, piensa que de nada van a servirles el arroz y el vino. ¡Con qué ganas se tomaría un poco de jugo! ¡Tiene tanta sed con esa piedra en su estómago!

—Volvamos hacia la costa —explota—. No podemos seguir más por acá. A lo mejor encontramos a alguien que nos cruce en bote. Ya sé con qué pagarle.

¡Qué alivio volver al río! Diego sumerge su tobillo dolorido en el agua fresca. Con amargura recuerda el paseo de esa tarde. ¡Qué daría ahora por retroceder en el tiempo y estar en el embarcadero del Club Náutico!

Fernando acecha la oscuridad del río. De repente oye golpes acompasados. Aguza el oído; no quiere ilusionarse. Seguramente es el viento o la corriente transportando algún camalote. El rumor crece, se acerca. Fernando divisa un bote de remos que navega en dirección a ellos. Sin pensar, empieza a dar voces y gritos para llamar la atención.

—¡EH!, ¡EH!, SEÑOR. Aquí por favor —se saca la camisa y la agita en el aire.

Diego mira hacia el bote atemorizado. ¿Por qué es tan imprudente su amigo? ¿Cómo sabe que el botero es una buena persona? La imagen del hombre de marrón, las voces de los

delincuentes, todavía surgen nítidas en su memoria. Quiere detener a Fernando, ordenarle que se calle y espere. Pero ya es tarde. El otro, poseído de una excitación incontenible, vocifera a los cuatro vientos. En respuesta al urgente llamado, el desconocido chifla e impulsa los remos con más vigor. La embarcación cruje protestando por la marcha esforzada. Lastimados, exhaustos, los chicos no saben si alegrarse o temer.

12

EL PESCADOR

En el bote hay varias cañas, una valija de pesca y una bolsa que despide un olor espantoso. «Seguramente serán apetitosas carnadas... para los peces», piensa Fernando. La simple vista del inofensivo cargamento tranquiliza los nervios de los chicos. Los últimos resquemores se disipan por completo, cuando el hombrecillo canoso de gorra detiene la embarcación, hace un cálido saludo con la mano y les pregunta con

amabilidad:

—¿Necesitan algo? Me parece que ustedes dos andan en problemas.

Los chicos sonrían intimidados sin saber qué contestar. En todo ese tiempo de esperar el auxilio de alguien, no se les ocurrió inventar una historia para explicar lo sucedido. Mientras Fernando se lo reprocha por dentro, Diego salva la situación comentando con naturalidad:

—Me torcí el tobillo —como si fuera explicación suficiente—. ¿Podría cruzarnos del otro lado?

—Bueno..., iba para el Ñacurutú, se me va a demorar la pesca —finge dudar. Y mira con picardía las provisiones de

Diego—. ¿Tienen con qué pagar? —ríe—. Está bien. Suban nomás.

Fernando agradece efusivamente y en un santiamén ya está ubicado y listo para ayudar a Diego a subir al bote. Con dificultad, a causa de su tobillo hinchado, al fin su amigo logra embarcar.

El bote emprende la vuelta a Zárate con su acompañada queja de remos. El hombre silba despacio, los observa de reojo sin hacerles preguntas. Interiormente, los chicos agradecen esa ayuda generosa sin curiosidad. El viaje es lento y tranquilizador. Diego ya cabecea cuando empiezan a aproximarse

a la costa. El pescador detiene los remos y el bote se frena entre los pastizales. Con sonrisa amplia se despide de los chicos.

—Llegamos, pibes. Ya pueden bajar.

Antes de abandonar el bote, Diego pone el paquete y la botella en un rincón.

—Le dejo esto —dice con timidez—. No tenemos plata y... Es por la molestia.

El hombrecillo larga una carcajada:

—¡En serio te creíste que les iba a cobrar! Bueno, gracias, dejalo. El vino no es para los chicos —dice muy serio.

Diego, todo colorado, quiere

protestar, explicarle, pero el pescador hunde los remos en el agua y reinicia con energía el acompasado ejercicio.

Hace frío. Un cielo plumizo anuncia el amanecer. Apretando los clientes Diego pedalea con torpeza. Tuvieron suerte en encontrar las bicicletas. Falta un último esfuerzo para llegar. Han dejado atrás el centro, la plaza, la pesadilla. Pocas cuadras más y estarán camino a Villa Fox.

—¿Qué le decimos a tu tía? —
Fernando empareja rueda con rueda.

—Dejá todo en mis manos —
contesta Diego recuperando la seguridad —. Yo hablo. Vos no me contradigas.

—¿No sería mejor contarle la verdad? —arriesga Fernando humilde—. Igual se va a dar cuenta de que en la cama no nos quedamos.

Y da un vistazo rápido a su aspecto y al de su amigo. ¡Están desastrosos! Diego tiene el pantalón y la camisa embarrados, con manchas de grasa de arrastrarse en la lancha. Y el tobillo derecho es una masa informe. Fernando todavía más sucio que él, exhibe ronchas y lastimaduras en cara, brazos y piernas.

—¡Estás loco! ¡Decir la verdad! ¿Y la investigación? ¿Ya te olvidaste de lo que les prometimos a los chicos? No —dice Diego con tristeza—. Si digo la

verdad me van a retar el doble. Dejame pensar...

—Pensá rápido —aconseja Fernando deprimido—. Ya estamos llegando.

No hay vecinos levantados, ni curiosos merodeando por los alrededores. Entran las bicicletas al jardincito y las dejan en el cuarto de las herramientas. Y derecho a la ventana del dormitorio. Está abierta, tal como la dejaron. La casa duerme en silencio. Diego hace pie a Fernando. Debe entrar él solo y cumplir con una delicada misión. Ir hasta la cocina, buscar la llave de la puerta que da afuera (la tía la

deja colgada en la percha de los repasadores) y abrirle a Diego que casi no puede caminar. Y menos hacer equilibrios para entrar por una ventana.

Al principio todo va bien. Ningún chasquido molesto lo delata en la escalera. La llave está donde suponían, gira sin esfuerzo en la cerradura. Fernando abre. Diego pasa. Pero al mismo tiempo, otra persona entra de sopetón a la cocina. Es Braulia que al escuchar ruidos salió de su cuarto en puntas de pie y espera a los intrusos muy bien preparada. Un paraguas enorme está a punto de descargarse sobre la cabeza de Fernando. Diego pega un grito

de horror. El mango se detiene en el aire y la tía prende la luz. Al ver a los chicos, petrificados en la puerta y en semejante estado, deja caer el *arma* y se derrumba temblando en un banquito.

13

LA AVENTURA DE ADELA Y MAURO

Son las cuatro de la mañana. Mauro duerme profundamente. Antes le costó conciliar el sueño y como siempre encontró compañía en sus libros. Hasta muy tarde mantuvo el velador encendido, pasando y releyendo las páginas de su novela favorita: *Misterio en el frigorífico*. Entre capítulo y capítulo se preguntaba cómo les iría a

los chicos con la investigación. ¡Lo que hubiera dado por acompañarlos! Pero ni siquiera fue capaz de insinuárselo a los tíos. ¿Ir con sus amigos a Zárate y quedarse a dormir? Antes de abrir la boca podía adivinar, sin temor a equivocarse, la respuesta: NO. *No* porque todavía estaba delicado de salud, tosía mucho de noche y sus bronquitis podían terminar en asma. Ése era el argumento favorito de su tía. No, porque «esos chicos» serían muy buenos, pero no pertenecían a familias conocidas. «¿Cómo iba a aceptar una invitación a dormir de gente extraña?», diría seguramente su tío. Sería inútil

explicarles que el padre de Diego era el encargado más antiguo de la cuadra y que en el barrio todos lo querían. O que Fernando, recién llegado de Bariloche, se había convertido en uno de sus mejores amigos. Y que no pudo presentarles antes a Adela, porque ella y su familia acababan de mudarse. Y además, la gente deja de ser extraña cuando se la conoce. ¿Para qué discutir? Sabía perfectamente la clase de amigos que hubieran preferido sus tíos. Esos chicos estúpidos que fingían ser muy educados se la pasaban burlando a los demás, riéndose de pavadas o alardeando con sus computadoras

nuevas. Chicos estúpidos y chicas aburridas, incapaces de leer un solo libro. En cambio, él se sentía orgulloso de *sus amigos*. Ellos sí que valoraban sus ideas y hasta habían aceptado arriesgarse y ser detectives. Todos eran valientes, hasta Adela, la anteojuda sabelotodo. No era antipática, especialmente cuando sonreía. Y así el sueño fue llegando despacio, sin buscarlo. Después de todo no faltaba tanto para enterarse de la aventura de los chicos en Zárate. Y entonces, el cuarteto MAUDIEFERADE (Adela había pasado la prueba) inventaría otro plan de acción.

Ahora Mauro duerme profundamente. De repente, entre sueños le parece oír un ruido, y otro. ¿Son golpes en el vidrio de su ventana? Se despierta, abre los ojos. Otra vez los ruidos. Alguien le está tirando piedritas. Mauro abre la ventana de par en par. Es Adela. Se acerca.

—Tuve un sueño raro —cuchichea—. Me desperté y no pude volver a dormir.

—¿Qué sueño? —Mauro bosteza con fastidio. ¿Para decirle eso lo despertó a él?

—Después te lo cuento. Como no dormía, me quedé pensando: esos tipos

tenían que encontrarse a medianoche, ¿no? Entonces a lo mejor el carnicero ya volvió de Zárate. ¿Por qué no vamos hasta la casa?

—¿A esta hora?

—Si tenés miedo... ¡voy sola! —lo desafía.

—¡Me visto y bajo! —contesta Mauro picado.

¿Y si descubre algo *ella sola*?
¡Faltaba más!

Afuera, un viento frío juega con la pollera de Adela y hace carraspear a Mauro. «Se olvidó de ponerse la bufanda», piensa ella divertida. Así, con el pelo rubio revuelto y cara de

dormido, Mauro parece más chico, más simpático. Otras veces, aunque se las da de jefe, tiene los ojos tristes y tose bastante. «Debe ser feo no tener padres y vivir con esos tíos tan viejos que lo cuidan tanto», piensa Adela conmovida. Y de repente, siente mucha pena por él.

Ya están llegando al bosquecito de la calle Zabala. Detrás del pino gigante, debajo de una piedra y en un pozo disimulado con hojas, Mauro busca el diario de la investigación y una linternita.

—¿Te habías olvidado? —le dice sobrador, agitando el cuaderno en las narices de Adela.

Picho los ha seguido y husmea en el pozo, como si esperara encontrar un apetitoso hueso.

Adela siente calor en la cara y por dentro mucha rabia. Ya no le da nada de lástima. «Es un fanfarrón», piensa enojada. Pero intenta disimular la bronca.

—¿Qué escribís? —pregunta. Y trata de leer sobre su hombro.

Mauro no contesta, a la luz del diminuto foco, llena una página con letra pareja y redonda.

Octubre 28, Belgrano

Son las 4 de la mañana, nos

dirigimos a la carnicería Zoilo. Motivo de la investigación: verificar si volvió el «Carnicero Loco» de su encuentro en Zárate con el hombre de marrón. Y cualquier otra novedad importante para el caso.

Detectives a cargo: Mauro Fromm y Adela Obarrio.

—Las mujeres van primero — protesta ella resentida—. Y te olvidaste de Picho.

—Yo soy el jefe, no te olvides — aclara él mandón—. Y los perros no

investigan.

Y ante la mirada furibunda de la chica, vuelve a guardar el cuaderno y emprende la marcha con paso enérgico.

La próxima discusión la gana Adela. Es mejor ocultarse detrás del monumento. Si algo pasa, tendrán el tiempo suficiente como para acercarse al árbol más próximo y vigilar desde allí la carnicería de Zoilo. Picho recorre a sus anchas la plaza buscando algo de comer. Dos cirujas le hacen la competencia. Uno arrastra la carretilla mientras el otro revuelve en los tachos de la basura.

Los minutos pasan. Refresca. Mauro

empieza a toser. Adela ya se está arrepintiéndose de haberlo arrastrado hasta allí en plena madrugada, cuando un rumor que crece los pone sobre aviso. Un Jeep blanco y azul avanza a los tumbos por el empedrado. No es el camioncito gris que esperaban, ni la camioneta vieja del carnicero. Ya están desviando la vista desilusionados cuando Adela pegó un gritito de emoción.

—¡Mirá quién viene adelante!
¡Fijate los bultos que traen!

Junto al conductor está el carnicero. En la caja trasera se bambolean varias bolsas negras como las que usan los

encargados de los edificios. Los chicos enfilan directo al primer grupo de árboles. Y a vigilar en sus puestos para ver qué sucede.

El Jeep detiene su marcha frente al negocio. El hombrón desciende y una a una va descargando las bolsas cerca de la entrada. El conductor del vehículo sigue inmutable al volante. A los chicos les extraña que no ayude al carnicero. No pueden verlo bien por la escasa iluminación de la calle, pero parece una persona joven. Los brazos que sostienen el volante son firmes y delgados. El torso es erguido y el pelo oscuro.

El hombre abre la puerta de la

carnicería y arrastra las bolsas. En ese momento, Picho, que vuelve de una de sus recorridas, lo enfrenta a ladridos desde la vereda opuesta. El carnicero lo insulta. Después lo ignora y sigue con el acarreo. Ahora el perrazo ha descubierto el escondite de los chicos; deja de ladrar y moviendo la cola trota derecho hasta el árbol a saludar a sus amigos. El hombrón se acerca al Jeep y mira intrigado la figura del perro que se pierde tras el grupito de árboles. Adela y Mauro no se atreven a moverse, ni a respirar.

Después de dudar unos segundos, el carnicero se encoge de hombros. Ha

perdido interés en el perro y empieza a hablar con el conductor. Éste enciende el motor y, ante la sorpresa de Adela, besa fugazmente a Zoilo a través de la ventanilla abierta.

—¡Es una mujer! —cuchichea la chica asombrada.

Mauro no le hace caso, trata de memorizar la chapa del vehículo antes de que se pierda al doblar la esquina. Mucho después, se digna a contestar con fingida naturalidad.

—¿Tanto te extraña que tenga *una cómplice*?



14

LA DENUNCIA

Una vez en su casa, todavía excitado por los descubrimientos de esa noche, Mauro ni piensa en acostarse a dormir. Sentado ante su escritorio, inventa un nuevo plan. Ese domingo, no irá con los tíos a la quinta de fin de semana. Tiene un pretexto: su examen de ingreso a primer año. ¡En la quinta él se distrae! ¡No puede estudiar! Y Ceferina, que siempre se queda en la casa los domingos, puede hacerle compañía... y

una torta para el té. Con esos razonamientos será fácil convencer a los tíos. Adela se encargará de avisarles a Diego y a Fernando que él los espera en su cuarto para una reunión urgente. En cuanto vuelvan de Zárate. ¡Está ansioso por conocer las últimas novedades de sus amigos!

«Pasó algo horrible», se dijo Mauro. Y corrió a abrirles la puerta principal. Fue una sorpresa verlos llegar en ese estado. Diego, renqueando, con el tobillo vendado y la cara hecha ronchas. El aspecto de Fernando no era mucho mejor. Aunque ostentara con orgullo los brazos y las piernas todos arañados.

¿Diego silencioso? Fernando, que gritaba a más no poder, les contó una parte de lo sucedido. Al recordar el susto de Braulia en la cocina Diego rio por primera vez.

—Le rogamos tanto, que prometió no decir nada en nuestras casas.

—¿Y a ella, qué le dijeron? — averigua Mauro preocupado.

—Que fuimos a dar una vuelta, trepamos por la barranca para ver el puente Zárate Brazo Largo y nos caímos.

—No le contamos nada sobre la investigación —aclara Fernando orgulloso.

—Sí, porque yo no quise —informa

Diego para hacerse valer.

Mauro suspira de alivio. ¡Menos mal! Porque ahora ya saben un montón de cosas sospechosas: que el Carnicero Loco le compra carne robada al hombre de marrón y...

—El de marrón tiene compinches en la isla. Ellos roban las vacas y después hacen las carneadas. Mi tía dice que los productores de Zárate están muy preocupados —interrumpe Diego.

—Y para mí que guardan la carne en el galpón de *Reysol* —aclara Fernando orgullosísimo—. Por eso el carnicero la fue a buscar allí.

—¡Qué inteligente! —lo burla Adela

—. A *nadie* se le hubiera ocurrido —y trata de frenar a Picho que trota por todo el cuarto, le gruñe a la computadora y rasca puertas y ventanas sin ninguna educación.

—En mi libro también pasa algo así —se excita Mauro—. Se llama «abigeato».

—¿¡Queeé!?! —Diego lo mira sin entender.

—«Abigeato» es robar hacienda, vacas —explica Mauro impaciente—. Y en mi libro después al cuatrero lo matan porque...

—¿Por qué no te callás la boca? —brama Diego furibundo—. A ver si

ahora matan a alguien como en tu famoso libro. ¡Ya estoy harto de este lío!

—¡Yo no quiero que me boleteen! — protesta Fernando.

—¿Se puede saber de qué hablan ustedes? —dice Adela perdiendo la paciencia.

Mauro la apoya. ¿Qué es eso de boletear? ¿De qué tienen miedo? Entonces Diego se pone a contarles con lujo de detalles toda la aventura en la isla de Zárate.

El tiempo pasa volando. Los tíos están por llegar. Es hora de suspender la reunión y todavía no se han puesto de acuerdo. Diego quiere hacer la denuncia

y terminar el caso. Fernando prefiere reunir más datos primero. ¿Quién les va a creer si cuentan ahora lo ocurrido? A menos que... ¿Y si hicieran una denuncia anónima? Hay un murmullo de aprobación. Sí, pueden hablar a la comisaría de Zárate desde un teléfono público. Lejos, lo más lejos posible de sus casas. «La central telefónica de Santa Fe y Callao», propone Adela. ¡Por supuesto! ¿Quién va a encontrarlos allá?

El mismo lunes a las seis de la tarde, los cuatro amigos bajan del colectivo 152 en la parada de los cines. Sin perder de vista la central telefónica, el grupo cruza disciplinado la avenida

Santa Fe. Una vez adentro, se reparten el trabajo. Diego será el encargado de comprar todas las fichas. Fernando, de ir alcanzándoselas a Mauro. Al jefe le toca llamar. Mientras tanto, Adela corre a buscar en la guía telefónica de Zárate, el número de la comisaría. Fernando la sigue con lápiz y papel en mano.

Una señora mayor y un hombre corpulento hacen cola en una de las cabinas. Mauro se ubica detrás del señor. Inesperadamente éste se da vuelta y lo mira sorprendido.

—¡Mauro! ¡Cómo estás! ¿A ustedes también se les descompuso el teléfono? ¿Por qué viniste tan lejos a llamar?

Es Walter, el amigo y socio de su tío. Mauro se pone pálido. ¡Justo ahora esta complicación!

—La llamada no es para mí — balbucea—, es para mi amigo, tiene que hablar con la tía, que está enferma y...

Diego, que llega con las fichas de teléfono en la mano, interrumpe con voz ansiosa.

—¿Ya tenés el número de la comisaría?

Walter lo observa muy apenado.

—Vengan, chicos —dice compadecido— ocupen mi lugar. Yo no tengo tanto apuro. ¿Tu tía tuvo un accidente? Si necesitás ayuda...

Diego abre la boca para protestar... y larga un gemido. Mauro acaba de darle un soberano pisotón.

—Calmate, Diego, te confundiste — lo palmea consolándolo—, tu tía está en el hospital, no en la comisaría. Adela ya fue a buscar el número.

—¡QUEEEÉ! —Diego se masajea el pie, horrorizado con lo que oye.

¿Está, loco Mauro? ¡Si su tía estaba perfectamente! ¿Y quién es ese señor?

—Walter es un amigo de mi tío —le está explicando el otro a los alaridos—. Le dije que tenés que hablar por teléfono a Zárate y nos deja su lugar.

Ahora Diego entiende y por las

dudas aleja sus pies del jefe. Además del tobillo, ahora le duele horrores el dedo chiquito, y todo se está embarullando otra vez. Con ese señor espiando no van a poder hablar tranquilos. Para colmo, Adela y Fernando se acercan entusiasmados agitando un papelito.

—Andá a explicarles a los chicos que nos dejan el tumo —Mauro lo empuja nervioso—. Y de paso pediles el número de teléfono. Parece que ya lo tienen.

Rápido, a detener a los otros y explicar en secreteos el nuevo problema.

Vuelve con su renguera, el papelito en la mano y una sonrisa forzada. Y es Walter quien se acerca solícito a ayudar.

—Dame, yo te marco. Es normal que estés nervioso. Cuando me comuniquen te paso con tu tía.

Diego cierra el puño transpirado justo a tiempo, salvando el papel con los números de la comisaría.

—Prefiero hablar yo —dice con un hilo de voz—. Es que a ella... le gusta hablar conmigo.

Walter sonrío comprensivo. Lo sigue y con su corpachón obstruye la salida de la cabina.

—Estaré aquí cerquita por las dudas

—aclara de lo más sonriente. Mauro, nerviosísimo, trata de distraerlo.

—Mañana tengo una clase especial de geografía —comenta simpático. Walter no le hace caso, le interesa más el problema de Diego. ¿Necesita ayuda para marcar? ¿Tiene suficientes monedas? Está ansioso por colaborar. Diego empieza a discar los números sin ganas. Corta a la mitad y vuelve a insistir. ¡Es inútil! Con ese Walter atrás, escuchando, no se puede denunciar nada.

15

¿DÓNDE ESTÁ EL VECINO SOSPECHOSO?

Ha pasado una semana desde la aventura en Zárate, y la investigación está parada. ¿Dónde fue el principal vecino sospechoso?

Esa tarde de noviembre Mauro vino con la noticia: «La cortina metálica de Zoilo está baja y la puerta cerrada con candado. El carnicero desapareció». El grupo discute desde hace rato en el

bosquecito: ¿qué le habrá sucedido al barbudo?

—Espero que no lo hayan matado, como pasó en mi libro —comenta Mauro con remordimientos.

—No —decide Diego—. El de marrón no quería «boletearlo». Yo creo que antes se va a encargarse de que le pague.

—¡Dejen de hablar como en las películas, quieren! —protesta Adela, celosa porque no se le ocurre nada. Y se aleja del grupo para recibir a Picho. ¡Si pudiera hablar, qué buen investigador sería! Liega al trotecito y con gruñidos afónicos salta y le lame las manos. Hoy,

de tan flaco da lástima. Y el pelo amarillo se le pegotea al lomo. Pero ella le ha traído algo. Picho apenas puede esperar a que lo desenvuelva. Con restos de papel de diario, se engulle en dos bocados los menudos de pollo.

—A este perro habría que llevarlo a la veterinaria. Seguro que tiene parásitos —dice Fernando con voz de entendido. Y recuerda a sus ovejeros guardianes. Quedaron en Bariloche, con la nueva dueña. ¡No hubieran soportado un día en su departamento! Enternecido, mira a Picho con simpatía.

—Ahora es casi nuestro —comenta.

—*Mío*, querrás decir —recalca

Adela—. Que yo sepa, ustedes nunca le traen nada de comer. Y tampoco le dan mucha bolilla.

Como si estuviera de acuerdo con Adela, el perrazo ladra y gruñe con energía.

Los interrumpe un coro de protestas indignadas. Olvidados por un momento del carnicero y la investigación, los varones proponen llevarlo a la veterinaria del barrio *ya mismo*.

Silvia (la «curaperros», como le dicen los chicos) los recibe sonriente aunque un poco apurada. Usualmente es muy parlanchina, pero ya está a punto de cerrar. Todavía le falta visitar a

domicilio, a dos cachorros resfriados. Adelantándose, Adela le explica el problema:

—Encontramos a este perro..., y nos parece que tiene parásitos.

—Les voy a vender el remedio. Si en unos días no mejora, me lo vuelven a traer. ¡Pobre! —se compadece la mujer—. No debe de comer seguido. ¡Y vaya a saber con qué se alimenta!

—Yo le traigo toda la comida que puedo —se defiende Adela.

—Igual buscan entre la basura —explica Silvia— y no es el mejor lugar. ¿Saben qué dejaron el otro día en una bolsa de residuos? ¡Un gato muerto! Y

algún gracioso lo puso en la puerta de mi veterinaria.

—¡Sería Satanás! —exclama Adela recordando al espantoso animal encontrado en la heladera.

La mujer la mira con severidad.

—No digas esas cosas, nena.

—Es que así se llamaba...

Pero Silvia curaperros no la escucha. Luego de buscar el remedio en un estante, se dispone a llenar una boleta. Mauro está ansioso por preguntarle algo más, y no se atreve. ¡Se la ve tan apurada! Y estando tan cerca de la carnicería ella debe de saber algo...

—¿El dueño de «Zoilo» se fue de vacaciones? —pregunta como al descuido.

—¡Y con qué apuro! —exclama ella interesada—. Yo llegaba de hacer una visita a domicilio y por poco me atropella con su camioneta toda cargada. ¡A las dos de la mañana! Ese hombre nunca me gustó.

Los cuatro chicos asienten estupefactos. Acaban de averiguar algo importante. Y mientras Mauro paga y Picho ladra nervioso como si ya presintiera el feo gusto del remedio, Diego, Fernando y Adela apenas pueden acallar los cuchicheos.

—¡Pasó algo!

—¡Lo persiguen!

—¡Se escapó!

Curiosos, intrigadísimos, resuelven pasar por el negocio. ¡Si pudieran encontrar alguna pista que conduzca al paradero del hombre! Algo que explique por qué desapareció.

Fernando, el más menudo de todos, se ofrece a trepar hasta la ventana de la vivienda pegada a la carnicería. Sólo está a un metro de altura y la pared de ladrillos desiguales facilita la escalada. Diego le hace pie. Mientras tanto, Adela y Mauro vigilan, uno en cada esquina.

Por el vidrio de la ventana se

vislumbra el interior de la casa. En la única habitación se ve una mesa con cuatro sillas, un diván de madera y, en un rincón, el ropero antiguo y desvencijado. En el piso de cerámica gris, hay papeles desparramados y un paquete de cigarrillos lleno.

Fernando baja desilusionado. Sin hacer comentarios pide a Diego que lo acompañe a buscar a los otros. A lo mejor a Mauro se le ocurre algo.

Ya en el bosquecito, instalados en el asiento-tronco, todos escuchan a Fernando. Todos, menos Picho, que estornuda de disgusto por culpa del remedio.

A Mauro, una de las pistas le da qué pensar.

—No entiendo, ¿por qué tiró el paquete de cigarrillos? Si estaba lleno... ¡Son importados!

—¡Se le cayó, tonto! —se burla Adela—. Ya nos dijo la veterinaria que salió apurado.

—Si se le cayó el paquete, también puede haber perdido algo más —interviene Diego—. Los que fuman siempre dejan cosas tiradas.

—¡No es cierto! —se enfurece Adela—. Mi papá fuma y es muy ordenado.

—¡Dejá de pelear vos! —ordena

Mauro, todavía resentido por lo de «tonto»—. ¿Y si entramos a revisar bien?

—¿Y qué piensan encontrar, me quieren decir? —protesta Diego—. El carnicero se fue, se llevó las bolsas. Además estoy cansado de todo este lío. Somos chicos, no detectives de la televisión.

—¿Y te vas a quedar así con todo lo que sabemos! —reacciona Fernando.

No, Diego no habla de quedarse con los brazos cruzados, pero insiste en contarle todo a Braulia. O ir a Zárate a denunciar lo sucedido. Porque los delincuentes importantes están allá.

Por un rato, discuten desanimados esa posibilidad. Los cuatro saben que puede ser el fin de la investigación y el principio de una serie de retos para cada uno. Pero ¿qué otra cosa pueden hacer? Sí, recurrir a Braulia y a la policía de Zárate parece la mejor solución.

Ahora, tienen que escribir en el diario un informe detallado. O mejor mañana. Porque son las siete y media, y los varones prometieron estar de vuelta con tiempo para bañarse y hacer los deberes antes de comer. Diego y Fernando se despiden apuradísimos. Hace tres días que ponen en práctica el truco de la lluvia abierta a puertas

cerradas. Hoy, del baño, ¡no se salvan! En el colegio hay chicos con piojos y mañana revisan las cabezas *a todos*.

Adela no está apurada. Los lunes sus padres trabajan hasta tarde. Seguro que no han llegado todavía. Acaricia a Picho, que se echa panza arriba con las patas estiradas, y con disimulo espía a Mauro. Lo ve escribir algo en el diario y guardarlo en el escondite de siempre.

Después se acerca silbando desafinado.

—Me voy a casa. ¿Venís? —invita mandón.

—Sí, claro —simula obedecer Adela.

Y por dentro: «Mauro planea algo. ¿Qué habrá escrito en el cuaderno?». ».

Caminan en silencio las dos cuabras. Al llegar a Ciudad de La Paz se despiden. Mauro cruza directo hacia su casa. Adela, muy quieta en la entrada de su edificio, lo ve atravesar el jardín y tocar el timbre. Ceferina abre la puerta y la cierra a sus espaldas. Entonces Adela vuelve a salir. Tiene que averiguar en qué anda Mauro. No le gusta que la dejen a un lado. Si él planea hacer algo, ella va a acompañarlo.

16

MAURO TIENE UN PLAN

No va a ser fácil escapar durante la noche. Con la tía no hay problema; está acostada con un fuerte dolor de cabeza. En cambio el tío espera una visita.

Apenas terminan de comer, dos timbrazos cortos resuenan en el caserón. Mauro aprovecha y pide permiso para irse a la cama.

En el pasillo se topa cara a cara con Walter. El hombre corpulento que acaba de entrar, se agacha sonriente a saludar

al chico.

—Hola, Mauro. ¿Cómo está la parienta de tu amigo? Al final, ¿pudieron hablar por teléfono?

Quiere huir rumbo a su cuarto, desaparecer antes de que el tío aparezca. Es inútil, Walter le cierra el paso, y ante la desesperación de Mauro vuelve a insistir, cortés y gritón, en la pregunta.

—Está muy bien, gracias —susurra Mauro—. Creo... —respira hondo— que sería mejor que el tío no se enterara de que me encontraste. Él, esteee..., no le tiene mucha simpatía a Diego y...

Entonces le pasa una cosa rara:

quiere desahogarse, decir una verdad que le duele y mezclarla con su mentira.

—Ni a él ni a la tía les gustan mis amigos del barrio.

Y asombrado de su propio arranque, Mauro empieza a toser.

Walter lo observa en silencio. Una luz de simpatía ilumina sus ojos saltones. Siente mucha pena por ese chico solitario y tímido. Las veces que ha visitado la casa lo ha oído toser como ahora encerrado en el cuarto. Por su socio y amigo sabe que Mauro es hosco e introvertido, que al matrimonio mayor le da mucho trabajo criarlo desde que perdió a sus padres. Por eso fue una

grata sorpresa para él verlo tan animado y sonriente en la central telefónica. Y acompañado de amigos. Pasos procedentes del comedor interrumpen estos pensamientos. Para alivio de Mauro, no es el tío sino Ceferina, la cocinera, que se acerca con una bandeja en la mano.

—El señor lo espera en el escritorio. Dice que lo disculpe si tarda un poco. Lo acaban de llamar de larga distancia.

—No se preocupe, Ceferina. Enseguida voy. Estaba saludando a Mauro.

Y cuando la buena mujer

desaparece, Walter murmura en tono cómplice.

—No te preocupes. Por mí no va a saber nada.

Y sobre tu amistad con esos chicos..., ¿te parece que yo podría ayudar en algo?

Mauro se queda perplejo. «Es un entrometido —piensa esperanzado—, pero un entrometido bueno. Si pudiera convencer a los tíos...».

—Voy a cumplir trece años —dice despacio—, me gustaría elegir yo a mis amigos. Si... si mis padres vivieran, ¡seguro que me dejarían! —y todo colorado, con una vergüenza espantosa

desvía la vista.

No sabe cómo se atrevió a decir todas esas cosas. Walter es casi un extraño. Y tartamudeando un «buenas noches» escapa hacia su dormitorio.

Una vez allí trata de calmar esa picazón en la garganta, inspirando profundo y exhalando despacio. «Es un meterete bueno —repite para serenarse—. A lo mejor me puede ayudar». Y un poco más tranquilo trata de concentrarse en el plan de esa noche.

Resuelto a poner en práctica el ardid utilizado por Diego y Fernando en Zárate, Mauro fabrica con prolijidad un cuerpo. Acomoda una frazada y ropa

dentro de su cama, busca un suéter amarillo que haga las veces de pelo y le da forma contra la almohada.

«¡Fantástico!» —se felicita. Está seguro de que a él le salió mucho mejor que a los chicos. Saca una linterna del cajón, abre la ventana y salta al jardín.

Mauro no camina solo en la penumbra de la cuadra. Adela, decidida a no perderse la aventura, lo sigue a escasa distancia. Horas antes en el escondite leyó la anotación del diario:

Octubre 31, Belgrano

*A medianoche visita
especial a la vivienda de Zoilo.*

Yo solo. Motivos de la investigación: averiguar si dejó pistas de su nuevo domicilio. Algo que explique cómo, por qué y adónde se escapó.

Jefe de detectives: Mauro Fromm.

Ahora su amigo no tendrá otro remedio que dejarla participar. Si se niega, ella lo amenazará con hacer mucho ruido. Él no querrá que los descubran a los dos. Pero hasta llegar a ZOILO, no debe ser vista. Mauro sería capaz de mandarla de vuelta a su casa, con tal de mandonear. Mira preocupada

hacia el puente. Espera que Picho ya esté en su cucha, el vagón abandonado. La delataría enseguida si anduviera vagabundeando por ahí.

El chico camina a pasos cortos, vigilando cualquier presencia extraña en la cuadra. Al llegar a ZOILO se detiene. A la vivienda del carnicero se entra pasando por un patio angosto y descubierta. Mauro se interna allí con precaución.

Adela espera en la esquina. Deja pasar unos minutos y emprende el mismo recorrido.

Mauro mira desanimado el trecho de pared que separa el suelo de la ventana.

Él podría subir como lo hizo Fernando, si hubiera traído zapatillas. Pero en el apuro por salir de casa no atinó a cambiarse los mocasines. Y las suelas no paran de resbalar. En ese momento oye pasos; se da vuelta alarmado y la ve. Adela lo desafía a través de sus anteojos.

«Fui un tonto en escribir antes el diario —piensa—. Volvió y lo leyó. Por eso está aquí». Después recuerda el problema de los mocasines, no puede trepar con ellos. Resuelve aguantar la bronca y ser práctico.

—Ya que viniste a meterte —dice despectivo—, es mejor que me ayudes a

subir.

—¿Y si subo yo? Puedo, si me hacés pie. ¡Yo traje suelas de goma!

No es fácil renunciar a ser el jefe. Pero habrá que tragarse el orgullo para facilitar la investigación.

—Está bien —acepta—. Hacé exactamente lo que yo te or... diga, («ya iba a decir ordeno ¡con la rabia que tengo encima!»).

Adela hace la sonrisita humilde que Mauro ya empieza a conocer. «Flor de falluta —piensa—, aunque tiene buenas ideas».

Ayudada por Mauro, ella turna cada pie en los huecos entre ladrillos. Y ya a

cierta altura viene lo más difícil: abrir la ventana; con un cortaplumas del jefe e iluminando con la linterna, Adela presiona en la unión de ambas hojas, para forzar el cierre de la ventana. Está en una posición incómoda, mal sostenida entre los cantos de los ladrillos. Los brazos cansados empiezan a aflojar. Prueba de nuevo. Trastabilla. La linterna se le escapa de la mano y golpea contra el vidrio que se rompe con estruendo. Se queda sin respirar. ¿Alguien habrá oído? Mauro la apura.

—No importa —ordena enojado—, ahora entra. —Con la mano derecha envuelta en su pollera, Adela hace girar

la manija interna y abre la ventana. Un olor ácido, a encierro y suciedad, la obliga a contener de nuevo la respiración. Tuerce la cabeza, asqueada, y respira un soplo del aire fresco que entra.

La habitación es tal cual la describió Fernando. Ilumina el suelo y las paredes con la linterna. Revisa el ropero: está vacío. Sobre la mesa y las sillas tampoco encuentra nada. Hay algunos papeles tirados en un rincón y debajo de la mesa un paquete de cigarrillos importados, lleno. Lo recoge y guarda en el bolsillo. Se acerca a la ventana para reponer sus pulmones del aire viciado.

Y de repente siente un chistido. Su amigo le hace señas impacientes.

—Viene alguien —le grita—, escóndete.

Y desaparece de su vista. Enseguida, le llega el rezongo de una voz airada y el murmullo agitado de una discusión. No puede salir por la ventana otra vez. La rotura de los vidrios, ¿habrá atraído al guardia de enfrente?, ¿a la policía? Prueba la puerta que comunica la vivienda con la carnicería. La horroriza volver allí, donde encontró a Satanás y...

Más voces enojadas interrumpen el silencio. Adela abre la puerta.



17

EL EXTRAÑO MENSAJE

En el negocio también hay un olor insoportable. Ahora sí que le falta el aire en ese ambiente fétido y encerrado. Se abanica con la mano y el ruedo de la pollera. Tiene que acostumbrarse. Ya está mejor.

Pasa cerca de la heladera entreabierta y vacía, y se detiene junto a la ventana. Levanta apenas la persiana y espía a través de las rendijas. Parado en el umbral de la casa vecina, un señor

pelado, en pijama, discute con Mauro. Parece enojadísimo y no lo deja hablar. Otro hombre está cruzando la calle, es el guarda que cumple su turno en el tinglado del ferrocarril. «Pobre Mauro, en que lío se ha metido». Y ella, ¿cómo hará para salir? Ahora el guarda y el vecino empujan a Mauro. Los tres se pierden en el patio-pasillo. ¿Vendrán a buscarla? Del susto, el corazón le retumba en el pecho. ¡Hasta le duelen las castillas! Tiene que calmarse y buscar una salida.

Prende otra vez la linterna para explorar el lugar. Entonces ve los pedazos de papel en el suelo. Se inclina

para examinarlos mejor. Pegadas sobre un fondo de hoja blanca, hay letras mayúsculas y minúsculas recortadas de diarios o revistas. ¡Qué carta extraña! Adela da un respingo. ¡Claro! Ya sabe lo que significa ese mensaje. Lo leyó en sus libros de misterio. No es una carta, es un *anónimo*. ¿Podrán descifrarlo? Recoge los pedazos de papel y los pone dentro del celofán que recubre el paquete de cigarrillos. Como ha visto hacer a su padre muchas veces con las anotaciones de teléfonos.

Pasada la euforia por el descubrimiento vuelve a preocuparse. ¿No habrá otra salida? En la pared del

fondo, opuesta a la ventana, hay una pila no muy alta de cajas de madera. Adela ilumina en esa dirección. A un costado de la pared, entre las cajas, sobresale parte de un marco de madera. Entusiasmada corre una de las cajas. ¡Bien! La pila tapaba una ventana baja, con vidrio y banderola. Si logra abrirla al máximo, podrá escapar desde allí hasta la construcción abandonada de al lado.

No es fácil trepar a la pila sin ayuda. La torre de cajas podría venirse abajo. Aunque ella no pesa mucho y subida a la mesada de fórmica es posible pasar una pierna y después la otra. Temblando

prueba asentar el pie izquierdo. La torre se bambolea. Inclina el peso del cuerpo hacia el pie derecho, firme en el mostrador. Con un envión, eleva el cuerpo, afirma el pie inestable y se agarra de la manija y... Las cajas se vienen abajo con un ruido fenomenal.

Resiste, empuja un poco más la manija y, ¡por fin! La banderola se abre chillando. Trepada, aguza el oído. Afuera, el silencio sólo es interrumpido por los autos que pasan. No se oyen voces. Adela pasa a través de la banderola abierta y aterriza de un salto en la construcción lindera.

Tuvo demasiada suerte, pudo juntar

las pistas y escapar sin ser descubierta. En su excitación casi se olvida de Mauro. Se le encoge el estómago. ¿Le habrá pasado algo? ¿Cómo irse a dormir con esa preocupación?

No está en el bosquecito. Ya lo recorrió de punta a punta. Ni siquiera tiene ganas de escribir lo sucedido en el diario de la investigación. «¡Que venga! —ruega—, ¡que aparezca!». Un murmullo de ramas..., es Picho, no Mauro. El perrazo la consuela correteando feliz a su alrededor. Y, ¡por fin! ¡Atrás viene él!, despeinado por la carrera.

—¡Qué lío! —dice agitado—, un

vecino oyó todo y me llamó, estaba furioso. Después apareció el guardia del otro día. Querían ver el vidrio roto. Les dije que se me había escapado una piedra. Los demoré todo lo que pude. ¡Por suerte tuviste tiempo de escapar! ¿Cómo te fue? —pregunta ansioso.

—¡Mirá!

Y exhibe con orgullo el paquete de cigarrillos. Y los pedazos de papel con las letras pegadas.

El silbido de Mauro confirma sus suposiciones.

—¡Un anónimo! Con razón se fue tan apurado. Vení, vamos a ver qué dice.

Cuando logran hacer coincidir los

papeles, el texto se lee así: «PAGU, BOLET». Al final una especie de firma: «EL ACREEDO».

—¡Le faltan pedazos!

—«PAGU», es «pague», eso es fácil —presume Adela.

—«BOLET», puede ser «boleta» o «boletear». ¡Acordate de lo que nos contaron los chicos! Para ellos es «matar» o algo así.

—¿Y «EL ACREEDO»? —se pregunta Adela—, ¿será un seudónimo del hombre de marrón?

—No creo —duda Mauro—. Dejame pensar. Para mí que... ¡Ya sé! «ACREEDOR». El que pide que le pagues

una deuda es un acreedor. Mi tío vive diciendo que es acreedor de éste y del otro, porque le deben plata.

Sin perder más tiempo, los chicos escriben en el diario el texto completo del anónimo: «Pague o lo boleteamos. El acreedor».

—¡Qué horrible! —Impresionado, Mauro junta los pedazos de papel y vuelve a guardarlos dentro del paquete de cigarrillos. Entonces, algo escrito en la marquilla llama su atención: Justo 2534. ¿Será el nuevo escondite del carnicero? ¡*Tienen* que averiguarlo!

18

¿LOS VARONES SE QUIEREN ACHICAR?

Al día siguiente, después del colegio, Adela espera a sus amigos en la heladería de Cabildo y Zabala. La tarde promete ser emocionante. Irán todos juntos a investigar la dirección actual del carnicero.

Sin embargo, una nueva complicación ha vuelto a embarullar los planes. Fernando y Diego aparecen con

la cara larga.

—¿Y Mauro? —pregunta sorprendida Adela—. ¿No viene? Los chicos niegan al unísono y la arrastran hacia una mesa de la vereda.

—A Mauro lo pescaron —dice Fernando en tono lúgubre.

—¿El guardia fue a la casa? ¿El vecino lo denunció?

—No —aclara Diego—. La tía se despertó con frío y fue al cuarto, ¡a taparlo! Bueno, enseguida descubrió el bulto dentro de la cama. Cuando Mauro volvió se armó un lío bárbaro.

—Encima nos echan la culpa de todo a nosotros —interviene Fernando.

—Sí, dicen que Fernando y yo le metemos ideas raras en la cabeza. *Nosotros a él* —se enoja Diego—. Y como jefe, me pidió que no investiguemos nada solos. Hasta que él nos avise.

—Entonces, ¿hoy qué hacemos? —pregunta Adela desilusionada por las malas noticias.

—Nada —contesta Diego rotundo—. Y este fin de semana Fernando y yo nos vamos a Zárate. Es el cumpleaños de mi tía y nos invitó. Como mis viejos trabajan y mi hermana tiene una fiesta... ¡Ya me decidí! ¡Le contamos todo a Braulia y terminamos este caso!

Adela está desolada. ¿Se habrán puesto todos de acuerdo?

—El sábado, cuando ustedes se vayan, voy a hablar con Mauro. A lo mejor los tíos salen. Además, estos días tengo *un montón para estudiar*.

—Sí —suspira Diego amargado—. Todos tenemos un montón para estudiar.

Noviembre es un mes muy movido. El colegio, un hervidero de exámenes, clases especiales, preparativos y nervios por la fiesta de fin de año. Por primera vez Adela no comparte la febril actividad de sus compañeros. Ni siquiera se alegra al pensar en las

próximas vacaciones. Esa semana le cuesta como nunca concentrarse en sus estudios. No hace más que pensar y pensar en la investigación. Está a punto de terminar por culpa de Diego. ¡Con todo sin resolver! Siente rabia, también, por haber postergado la visita a la calle Justo. Mauro es otro egoísta al paralizar los planes y no dejarlos ir. «Vos, Adela, sos la egoísta —la reta una vocecita por dentro—. Acordate de que el pobre está en penitencia». ¿Y Diego? ¿Por qué insiste en contarle todo a Braulia? «Total —piensa resentida— no le van a hacer ningún caso». Imposible pensar en el estudio. Tiene bronca. Está

desilusionada. Después de tantos sustos y peligros, ¡los varones se quieren achicar!

—¿Quién dijo que me quiero achicar? —brama Diego.

—Adela. Ella quiere seguir investigando.

—Esa anteojudá no entiende nada de estas cosas —se enfurece—. Ella no estuvo en la isla como nosotros la última vez.

—Pero se escondió en la carnicería. Y bastantes problemas tuvo para poder salir —la defiende Fernando.

—¿Y vas a comparar al guardia y al vecino en pijama con los delincuentes y

el de marrón? ¿Y qué si la pescaban? ¡A ella no le hubiera pasado nada! ¡A nosotros sí! Mirá Fernando, si uno sabe que alguien cometió un delito —dice, agrandado—, lo que hay que hacer es denunciar.

Mientras los chicos discuten. Braulia va del comedor a la cocina. Saca fuentes, pone sus mejores tazas, acomoda masas y galletitas sobre una mesa muy bien decorada. Canturreando, termina los últimos preparativos para la hora del té. Espera a sus íntimas amigas, las de la época del colegio, y quiere que todo esté listo para las cinco en punto. ¿De qué hablarán su sobrino y el amigo

encerrados en el cuarto? ¡Ojalá no estén tramando una nueva travesura! ¡Mejor no pensar en el susto que le dieron la última vez! Bueno —se compadece—, a lo mejor están aburridos y quieren salir un rato. Después de todo, un té de señoras no es un programa divertido para chicos de doce años. Podría prepararles algo a ellos primero y... Braulia los llama por la ventana de la cocina. Los chicos interrumpen la discusión y se dirigen hacia allí.

Claro que les parece buena idea probar *ahora* el budín con pasas de uva, unas masas de chocolate y crema, y ese pedazo de rosca que sobró del

desayuno, con dos vasos de naranjada. ¡Claro que les gustaría dar una vuelta después en bicicleta! Sí, es mejor que ella reciba tranquila a sus invitadas. Por supuesto llegarán bien temprano. Braulia no debe preocuparse. Se acuerdan *perfectamente* de lo que pasó la última vez.

Tras despacharse un té succulento, los varones se despiden. Suben cada uno a su bicicleta (esta vez Diego eligió una de su tamaño), y a pedalear sin rumbo por las calles transitadas.

Pasados quince minutos, como si lo hubieran planeado, o el azar hubiera intervenido por ellos, los chicos se

encuentran a una cuadra de la plaza. Los dos miran hacia la comisaría.

—Dijiste que había que denunciar —lo desafía Fernando.

Diego asiente muy serio. Saca un pedazo de rosca reservado en su bolsillo, lo come de un bocado y empieza a pedalear a toda velocidad.

Fernando lo sigue entusiasmado. Llegan a la plaza y bajan de las bicis casi al mismo tiempo.

—Mejor las dejamos aquí —ordena Diego.

Y con la cadena y el candado que trae adheridos al volante, sujetan las dos bicicletas al poste de la luz.

Diego camina muy erguido adelante. Todavía está enojado por las palabras de Adela. Casi puede oírla diciendo con su tonito inocente: «¿Qué le pasa a Diego? ¿Se achicó?». ¡Y él no se achica nada! Hay que ser muy valiente para denunciar. ¡Anteojuda sabelotodo! *Ahí* le hubiera gustado verla. Seguro que salía corriendo. Y envalentonado con sus pensamientos, se dispone a entrar muy orondo en la comisaría. Un policía, de guardia en la puerta, lo detiene.

—¿Adónde vas, pibe?

Diego se queda inmóvil. Tampoco sabe qué contestar. En ese momento pasa un hombre vestido con bombachas y

botas de gaucho y saluda al policía.

Se detiene a encender un fósforo y prende un cigarrillo.

Diego, que ha juntado fuerzas, habla de un tirón.

—Venimos a denunciar... Sabemos que venden carne robada y...

Pero el policía no alcanza a oír la frase. Las palabras del chico se ahogan en un poderoso estruendo. Chirridos de frenos, gritos, corridas. Un triple choque conmueve la esquina. Un colectivo ha embestido dos autos. Entre ruidos de sirena, agentes de uniforme y varios curiosos, también los chicos corren hacia allí. No hay heridos que lamentar,

aunque los dos conductores increpan a gritos al chofer del ómnibus. Varios policías intervienen para calmar los ánimos y reorganizar el tránsito.

Diego y Fernando se miran acobardados. El choque triple los ha conmovido. No pasó de ser un susto y el agente de la puerta ya regresa a su puesto. Igual no es momento para hacer la denuncia. Diego siente que lo sucedido le ha hecho perder el valor.

Van hacia la plaza. Se sientan desanimados en un banco, sin ganas de hablar. Diego piensa que todo es complicado: cuando se animó a hablar, el policía no pudo oírlo. Pasada la

rabia, no sabe si eso es para alegrarse, o no. Pensativos, los chicos tardan en advertir que alguien se ha sentado en el mismo banco y los observa con curiosidad. Es el hombre de bombachas y botas que pasó por la comisaría cuando ellos entraban. Diego se corre para cederle espacio. Entonces, el desconocido hace una gran sonrisa y pregunta con amabilidad:

—¿Ustedes iban a denunciar un robo de hacienda?

Diego lo mira sin comprender. ¿Será otro policía de civil?

El hombre sigue hablando con gran cortesía.

—Hace tiempo que los productores de por acá estamos preocupados. Hay muchos robos de vaquillonas. Si ustedes saben algo importante...

—Si supiéramos algo, hablaríamos primero con la policía —contesta Diego de malhumor.

—¡Claro! ¡Por supuesto! —aprueba el desconocido—. Aunque a veces no les creen demasiado a los chicos. En cambio, si alguno de nosotros, de los productores de campo, pudiera acompañarlos, sería muy distinto. Pero antes *nosotros* tendríamos que comprobar si es cierto lo que ustedes dicen.

—¿Y cómo sabemos que usted es dueño de un campo? —pregunta Fernando.

—Me llamo Celestino Villalba —se presenta el hombre sonriente—. Soy muy conocido por aquí. Mi hermano y yo tenemos una cabaña en Las Palmas: «El Mangrullo». Ustedes pueden preguntar. En la comisaría también me conocen.

«¡El hombre parece muy amable!», piensa Fernando. Además les dijo su nombre y el del campo. ¿Por qué les iba a mentir? Es natural que esté interesado en los robos de vacas si tiene una cabaña. Diego aún lo mira desconfiado.

No está dispuesto a contarle sus cosas a un extraño por más conocido que sea. Primero le gustaría averiguar algo más sobre ese hombre sonriente vestido de gaucho. Aunque es cierto que el policía de la puerta lo saludó. Medita, sin decidirse, cuando el tal Celestino se levanta.

—Bueno, chicos, no tienen obligación de decirme nada si no quieren. Me hubiera gustado ayudarlos y de paso averiguar algo más sobre los robos —y antes de irse los saluda sacándose el sombrero.

—Espere —dice Diego con voz ansiosa—. Si usted quiere, nosotros

podemos llevarlo ahora a un lugar...
Vimos algo sospechoso allí la semana pasada.

—Me encantaría acompañarlos, pero ahora no puedo. Tengo que trabajar. No sé si...

—¿Qué? —pregunta Fernando con curiosidad.

—Si pueden venir ustedes un rato mis tarde. A dos cuadras de acá está la parada de ómnibus. Los espero allí a las ocho. Si no llegan, me voy a dar cuenta de que no pudieron salir.

Y con su gran sonrisa, el desconocido se despide. Cruza la plaza y se aleja caminando despacio. Apenas

lo pierden de vista, Diego y Fernando empiezan a deliberar. La solución al problema ha llegado como servida en bandeja. Si un productor de la zona los acompaña, la policía no tendrá más remedio que creerles y actuar. «Con tantos dueños de campo interesados — piensa Fernando— puede ser que nos den un premio. Y hasta que salgamos en los diarios como héroes o algo así».

19

ENCUENTRO CON CELESTINO

Noviembre 4, Zárate

*A las ocho de la noche,
encuentro con Celestino
Villalba en la parada de
ómnibus cerca de la comisaría.
Motivo del encuentro: ir a
Reysol a investigar. Y mostrarle
a este señor dueño de un campo,
dónde guarda el hombre de*

marrón la carne robada.

*Detectives: Diego Gómez y
Fernando Malbrán.*

Con un lápiz de punta afilada, Fernando termina de anotar las últimas novedades. Por fin pudieron traer el diario. ¡Esta vez les tocaba escribir a ellos! Trató de hacer su mejor letra. Y no fue fácil, teniendo que lidiar con Diego que da vueltas por el cuarto, cada vez más impaciente por la salida nocturna.

Braulia, de excelente humor por su cumpleaños, les dio permiso para ir al centro y plata para los juguetos

electrónicos. Eso sí, deben estar de vuelta a las nueve. Muy atareada está ella con sus preparativos de la tanda siguiente, como para andar buscándolos.

Aún le falta hacer la tarta y las empanadas para agasajar a dos primas de Buenos Aires que no pudieron llegar a la hora del té. Y le pide a Diego:

—¿Irías hasta el almacén a comprar más gaseosas y un paquete de servilletas de papel? Fernando, ¿serías tan amable de ayudarme a repulgar las empanadas? Después pueden irse. ¡Claro que sí!

Fernando hunde los dedos, sospechosamente grises, en la masa. No es fácil unirla y que no se despegue.

Mientras tanto busca algún pretexto para preguntar sobre Celestino Villalba sin despertar sospechas. Después de mucho pensar, se le ocurre algo brillante.

—¡Cómo me gustaría visitar un campo! —dice con un suspiro.

—¿Sí? Hay campos muy lindos por acá —la tía contesta distraída, está acomodando las empanadas en una fuente para horno.

—¿Y cabañas con vacas? —insiste Fernando.

—También.

Braulia vuelve a contar las empanadas. ¿Cuántas comerán sus primas?

Esta vez Fernando decide jugarse entero.

—Un compañero de colegio fue a una cabaña en Las Palmas, se llama «El Mangrullo». ¿Yo lo podría visitar?

—No sé —dice mecánicamente—. Habría que preguntarle al dueño.

—¿Y quién es el dueño? —Fernando no aguanta más la curiosidad.

—Creo que es de los hermanos Villalba, Celestino y Jorge. También tienen un tambo. Son bastante conocidos por acá.

Y olvidando por completo a Fernando y su pregunta, saca otro paquete de tapas de empanadas de la

heladera.

El chico suspira hondo. Pudo averiguar lo que quería. Y como para no cargar las tintas (¡a ver si a ella le da por sospechar!), comenta con tono casual:

—Bueno, cualquier campo da lo mismo, son todos parecidos. Y creo que a fin de año vamos con los chicos del colegio a visitar una chacra.

Ya llega Diego, arrastrando por el suelo la bolsa con las botellas. Braulia corre a rescatar las gaseosas para ponerlas en la heladera y después a tratar de unir las empanadas que pegoteó Fernando.

—Sí, pueden irse chicos, ¡por hoy terminaron sus quehaceres! —exclama.

Hace media hora que esperan en la parada. Y ni noticias de Villalba. ¿Se habrá arrepentido? Sentados en el cordón de la vereda, miran a uno y otro lado de la calle. Dos trabajadores y una mujer hacen cola para tomar el colectivo. El vehículo llega bufando, para unos segundos y vuelve a partir a toda velocidad. Nadie más espera viajar. Diego busca algo comestible en su bolsillo. Mete la mano y..., ¡pobre tía! Sin querer se trajo el paquete de servilletas.

Otros quince minutos sin novedad.

Están resolviendo volver a casa o consolarse un rato en los videojuegos, cuando un auto de modelo antiguo se detiene a pocos metros y enciende la luz de guiño. Es el tal Villalba. Los llama.

—Suban, chicos —invita con su gran sonrisa.

Está distinto, con un pantalón gris, camisa celeste y sin el sombrero. Diego sube adelante. Fernando se acomoda en el asiento de atrás. El cuero del tapizado está roto en varios lados y los resortes se le incrustan en la cola. «Para ser dueño de una cabaña y un tambo — piensa Fernando—, ese Celestino parece muy amarrete. ¿Cómo tiene un

auto tan roto y pasado de moda?».

En el asiento delantero, Diego explica al hombre el camino y algunos detalles de la última visita a *Reysol*. Fernando nota que su amigo no dice toda la verdad. No cuenta nada sobre el encuentro de los dos hombres en la carnicería, en Buenos Aires. Y sólo aclara que pasaron «por casualidad» delante de la fábrica abandonada, y que les pareció ver a dos hombres que cargaban carne en un Jeep. El relato suena bastante disparatado, pero Celestino Villalba parece conforme. Lo que cuenta Diego es suficiente como para decidirlo, y propone echarle un

vistazo al lugar.

El auto viejo toma un camino de tierra con huellones y pozos. No es el mismo que anduvieron los chicos la última vez. La entrada de rejas, con dos copones de piedra a los costados, también es distinta. Aunque el cartelito tenga la misma imagen del sol y el nombre conocido.

—Esta puerta está clausurada — aclara Villalba—. Por eso es mejor que entremos por acá. Podemos llegar al galpón sin que nos vea el cuidador de la casilla. ¿No les gustaría revisar ese galpón? Si tenemos pruebas, la policía va a actuar enseguida.

Los chicos aceptan entusiasmados. Dispuestos a trepar las rejas y avanzar al descampado en compañía del hombre. No están solos en esta aventura, uno de los productores confía en ellos y está decidido a correr riesgos para tratar de averiguar algo más. Diego siente el aguijón del remordimiento. ¡Qué poco se animó a decirle! Pero aún está a tiempo. Después de revisar juntos el galpón, le contará a este hombre tan amable todo lo que sabe.

Atraviesan el terreno marchando en diagonal, lejos de la casilla. Sin ser vistos llegan cautelosamente hasta el galpón. La puerta, cerrada con llave,

tiene cadena y candado de seguridad. A media voz, el hombre les explica que trae varios juegos de llaves para probar. Y ante la sorpresa de los chicos, saca un manajo tintineante del bolsillo. Introduce una a una las de bronce y metal, hasta que encuentra la que calza perfecto y con dos vueltas abre la cerradura. Los chicos ya empiezan a inquietarse: con una lima de bolsillo, Villalba gasta un eslabón de la cadena.

Poco después, en la oscuridad del galpón, lo primero que llama la atención de Diego es un contenedor que ocupa gran parte del espacio. Ha visto varios como ése en el puerto, cuando su padre

lo llevaba a visitar los barcos. Fernando descubre unas cajas con latas de aceite, arrumbadas en un rincón. Celestino las revisa minuciosamente, prendiendo y apagando fósforos de una caja. Fernando está a punto de ofrecerle su linterna y se contiene. «Podría descubrirnos el guardia —piensa—, si la luz se reflejara en la ventana». Hay trapos sucios, varias sogas y bolsas de plástico oscuro tiradas en el piso. Diego se entusiasma con el descubrimiento.

—Las bolsas donde transportaban la carne eran como éstas —dice.

El hombre las examina dubitativo.

—Bolsas así hay por todos lados —

y mirándolo fijo—: ¿Cómo sabés que tenían carne robada?

Diego no se anima a responder. En ese momento, Fernando reclama la atención de ambos. Insiste en mirar en el contenedor. A lo mejor encuentran algo importante.

Para desilusión de los chicos, sólo hay más latas de aceite similares a las arrumbadas. Aunque el contenedor tiene un aparato de refrigeración adosado y por dentro se mantiene frío y húmedo pese a estar desenchufado. Como si fuera una heladera gigante en desuso. ¿Por qué ponen el aceite en un lugar refrigerado? Fernando tiene sus dudas.

Villalba, en cambio, se encarga de desanimarlo.

—Creo que estaban equivocados, chicos. Acá no hay nada. Va a ser mejor irse y olvidarnos del asunto. Les prometo seguir vigilando, y si llego a descubrir algo...

Los chicos no están de acuerdo. Diego, incapaz de aguantar su secreto por más tiempo, relata a Villalba todos los pormenores de la investigación; la aventura en la isla, la conversación de los delincuentes y el cargamento descubierto en la lancha.

Terminado el relato, el hombre se queda pensativo. De repente vuelve a

esbozar su gran sonrisa y felicita calurosamente a los dos por su valentía.

—Es mejor que se queden unos minutos esperándome en el galpón, mientras busco al guardia de seguridad. Una vez enterado del problema, él podrá comunicarse con la policía desde la casilla.

—¿Por qué no vamos los tres juntos?
—pregunta Fernando.

—Sería muy peligroso, los cuidadores tienen orden de disparar si notan movimientos extraños. No estoy dispuesto a arriesgarlos, quiero que vuelvan a sus casas sanos y salvos.

Aunque los chicos preferirían no

tener que quedarse allí solos, no se atreven a protestar. Además, Villalba, muy apurado, ya abandona el lugar. Apenas se cierra la puerta, Diego y Fernando se arrepienten de haber hablado. Hubieran podido esconderse detrás de los edificios. Estar al aire libre, y no en ese galpón silencioso y encerrado. Entonces oyen el característico ruido en la cerradura. Y luego los dos clic más de la llave en el candado. En un arranque de desesperación, Diego corre, prueba, fuerza la manija, golpea la puerta, la pateo.

—Dejá, no hay caso —dice

Fernando y el llanto se le atraganta—. Estamos encerrados. Y desde la casilla no nos pueden oír.

Diego se derrumba en el suelo, con la cabeza entre las piernas solloza de miedo. Se pregunta qué cosas horribles les esperan. Nunca debieron confiar en la sonrisa falluta de ese desconocido. Su idea era buena: denunciar todo a la policía.

—Ya me parecía raro —dice Fernando con voz entrecortada— que tuviera un auto tan viejo. Ese Celestino Villalba es un impostor.

20

LA CLAVE DE ADELA

En el almacén de Zabala y Ciudad de La Paz, Adela espera su turno detrás de Ceferina, la cocinera de los Fromm. El encuentro no ha sido por casualidad.

Desde las tres de la tarde, ella estuvo esperando y esperando que alguien saliera de la casa de Mauro. «A lo mejor —pensó— los tíos van a dar una vuelta en su cochazo gris». El auto, burlón, seguía siempre en el mismo lugar. Adela no se atrevía a tocar el

timbre. No la conocían y él estaba en penitencia. ¿Por qué la iban a dejar pasar? Cuando ya perdía las esperanzas, vio salir a Ceferina con la bolsa de las compras. Y tuvo una idea.

Ahora las dos hacen cola frente al mostrador. La cocinera habla con el empleado y le da una lista de comestibles. Adela se impacienta. Tiene que mandarle un mensaje a Mauro. Él le contó que Ceferina apenas sabe leer; además lo quiere mucho, no sería capaz de entregarles su mensaje a los tíos. Por las dudas, decide escribirlo en clave. Como el empleado le da la espalda, busca un pedazo de papel y birome en el

mostrador. Y escribe:

Mauro:

*Justo no pudiste venir. Y te
esperamos con P-cho.*

Cariños. Adela.

¡Seguro que lo va a entender! Deja la birome, dobla el papelito y toca el brazo de la cocinera. Ceferina se da vuelta y la interroga con la mirada.

—Soy amiga de Mauro —explica Adela—. Como no pudo salir a jugar, quería mandarle esta cartita. Con Pocho, otro amigo, lo estábamos esperando.

«Mejor explicarle algo, por las

dudas».

Ceferina acepta sonriente el papel y lo guarda en su billetera.

—Bueno, nena —dice con un guiño —, le voy a dar a Mauro tu cartita.

Y se olvida de Adela, porque el empleado le entrega varios paquetes.

Antes de irse, la saluda con otro «chau, nena». Odia que los grandes le digan «nena» (¡ya tiene doce años!), pero no puede enojarse con la bondadosa mujer.

Y menos ahora, que aceptó darle su mensaje a Mauro.

Son las siete y cincuenta. Mauro

entendió. Y los dos no paran de reírse de la clave P-cho de Adela.

La avenida Cabildo es un desfile de autos perezosos en día sábado. Mauro tiene poco tiempo. El permiso es hasta la hora de la comida. Adela se encapricha.

—El tiempo alcanza si nos apuramos —insiste—. Juan B. Justo no es muy lejos. Ya averigüé en el kiosco de revistas. ¡Vamos...!

—¡Vamos! —lo anima—. Es nuestra única pista.

—Bueno. ¡Vamos!

Tan cerca no era, tuvieron que tomar dos colectivos. El 41 hasta Pacífico y

después uno colorado que seguía derechito hasta donde ellos bajaban.

Juan B. Justo es una avenida ancha, de doble mano. Pero la altura que buscan, exacta, no existe. Los chicos miran disgustados las chapas con la numeración. Ninguna dice: 2534.

—¿Nos habremos equivocado de calle? ¡Qué lástima que no tengas el paquete de cigarrillos!

A Mauro no le hace ninguna gracia acordarse: Ceferina, con mirada de reproche, se lo llevó en la pala de la basura. ¡Su mejor pista! Trata de hacer memoria, cierra los ojos y vuelve a ver los números escritos en la marquilla

importada. Está seguro del dos; el cinco podría ser un tres, y el tres, un cinco. Con el último número tiene algunas dudas.

Los chicos escriben en un papel otras combinaciones posibles. Caminan dos cuadras buscando esos números. Tampoco. De repente, Adela señala la chapa de un antiguo mercado. Está borronada, descolorida. Los números casi no se ven. A la entrada hay un negocio con variedad de mercaderías, desde golosinas y cigarrillos hasta productos de limpieza y fantasías. El local está cerrado pero hay luz del lado de adentro. Adela tiene un

presentimiento: es ahí. Mauro la mira incrédulo. ¿Qué va a hacer el carnicero en ese kiosquito? Ella insiste, se encapricha.

—Es ahí. Golpeá la puerta. Decí que necesitás comprar algo urgente. A mí me vio hace poco. No puedo ir. A lo mejor me reconoce.

Mauro acepta a desgano. Seguro que se equivocan. Hay otras calles con la palabra Justo. Podría ser en el barrio de San Justo, por ejemplo. El número de la chapa no se ve bien. Y el lugar no le gusta. Por el estado de abandono en que se encuentra el mercado, no debe de funcionar desde hace rato. Pero con

Adela insistiendo, no se puede echar atrás.

Golpea dos veces a la puerta. Espera un poco. Nada. Tres golpes más y se prende otra luz. Alguien corre la cortina metálica del fondo. Una mujer joven, de pelo oscuro, con un pantalón muy ajustado, levanta la tapa del mostrador y lo increpa a través de la puerta de vidrio. Mascando chicle, hace un ademán descortés e invita a Mauro a que se vaya. Sonrojado él explica en voz bien alta:

—Necesito jabón en polvo para mi mamá. Por favor. Es... una emergencia. Se lo pago el doble.

La mujer abre la puerta de mal modo. Lo mira de arriba abajo, sin dejar de mascar su chicle y al fin lo deja pasar.

—¿Qué marca de jabón querés? — pregunta enojada—. Rápido, que a esta hora yo cierro. Tu mamá podría acordarse antes, cuando tiene ropa para lavar —y festeja su propia ocurrencia con una carcajada antipática.

Fernando señala un jabón de marca conocida y pregunta cuánto cuesta. Trata de ganar tiempo mientras mira con avidez a su alrededor. La mujer busca una lista y la máquina de calcular. Recorre con la uña colorada de su

índice una hoja muy ajada. Fernando busca alguna pista; sin embargo nada parece indicar que el carnicero viva allí. El negocio está abarrotado de cajas con mercadería. Detrás del mostrador apenas queda lugar. Tras la cortina metálica podría haber una habitación o un baño. Y Mauro no puede seguir mirando porque ya la mujer le da el precio y lo contempla impaciente sin dejar de masticar su chicle. El chico dice que no le alcanza. Pide otro jabón más barato. Resoplando, ella vuelve a consultar la lista. Antes de responder, busca en el bolsillo de su blusa y saca un paquete de cigarrillos arrugado.

Mauro no puede creer lo que ve: ¡es la misma marca importada que fuma el carnicero! ¡Igual que el paquete que ellos encontraron! ¿Coincidencia? Algo le dice que no lo es. Esta mujer es la cómplice joven, de pelo oscuro, que manejaba el Jeep. Está seguro: fueron a la dirección correcta. De puro excitado por el descubrimiento, le da un acceso de tos seca que no puede controlar. La mujer lo mira muy disgustada.

—¿Querés el jabón, sí o no?

Mauro hace señas de que tampoco le alcanza. Y cuando ella está a punto de echarlo sin contemplaciones, se oye la voz-graznido del propietario de Zoilo.

—¡Tana! ¿A quién estás atendiendo?

Y, sin dar tiempo a la respuesta, el cuerpo voluminoso del carnicero atraviesa los flecos de la cortina metálica. El hombrón clava en el chico sus ojos de distinto color.

La mujer, muy nerviosa, escupe el chicle y apura a Mauro rumbo a la puerta.

—Vamos, pibe. Si no te alcanza, vení mañana.

Y ya la abre, ante la mirada ansiosa de Mauro, que quiere salir corriendo hacia la calle. No puede. Zoilo se interpone. No lo deja mover.

—¿Quién te mandó acá?

La mujer trata de apaciguarlo.

—Necesitaba jabón, para la madre.

Ya se va.

El hombre ruge desconfiado.

—Vos no sos de este barrio. Me parece que te conozco de otro lado.

A Mauro le tiemblan tanto las piernas que las cruza con disimulo apretando los pies.

—¡Vamos! —vocifera el otro descontrolado—. ¿Quién te mandó acá?



21

ENCERRADOS

—¿Qué juntás? —pregunta Diego angustiado.

En cuclillas, Fernando ilumina el suelo con la linterna y recoge algo que luego va a parar a sus bolsillos.

—Fósforos —contesta—. Cuando ese Villalba los prendía se le cayeron un montón. Nos pueden servir.

—¡Para qué los queremos! Yo lo que quiero es salir de aquí —gimotea Diego. Fernando también quisiera escapar.

¿Pero cómo?, ¿por dónde? ¡Tiene que ocurrírseles algo!

Media hora ya de estar encerrados. A cada minuto que pasa, la desesperación de los chicos es mayor. Están seguros: algo horrible va a pasar. Y una sensación de abatimiento se apodera de los dos. «Para qué nos habremos metido en este lío. Todo culpa de Mauro y sus ideas raras. Somos chicos, no detectives». Diego no hace más que lamentarse y lamentarse por lo sucedido. A Fernando, un lío de ideas le revolotea en la cabeza. Irse, escapar, ¿cómo?, ¿por dónde? El galpón tiene dos ventanas no muy altas, con vidrios

protegidos desde afuera por gruesas telas metálicas. Aunque consiguieran trepar y romper el vidrio, el alambre tejido les impediría salir.

—¡Pero con semejante ruido llamaríamos la atención del hombre que cuida la entrada! —exclama de golpe entusiasmado.

Por primera vez tiene esperanzas. Sí, es una buena idea. Sacude a Diego y le cuenta animado su plan.

Ya está decidido. Fernando, que es el más liviano, tiene que subir, ayudado por el otro, y armar el estropicio.

Diego soporta bien el peso de su amigo. Éste, apoyándose contra la

pared, logra alcanzar el picaporte de la ventana. Inspira profundo para darse ánimos, mira hacia el leve resplandor de la casilla y... ¡Ahora! Va a golpear el vidrio y el brazo se detiene en el aire. Lo que ve le hace perder el equilibrio y con un grito se va de cabeza al suelo. Un vehículo acaba de entrar en *Reysol*. A moderada velocidad y con las luces bajas encendidas se dirige hacia el galpón. Es el camioncito gris que conduce el hombre de marrón.

—¡Son ellos! Vienen a buscarnos.

Y los chicos no pueden oír nada más. Sólo un rumor confuso de pasos, llaves en el candado, en la cerradura, y

el corazón de cada uno que golpea en el pecho como un bombista enloquecido. Muy juntos, estremecidos, se sostienen mutuamente en un rincón.

Algo horrible está pasando. Celestino Villalba, desconocido y violento, los empuja, los separa, los cachetea. El de marrón comienza a insultarlos y amenaza con crueldad.

—¡Mocosos de porquería! ¡Ya van a ver lo que les pasa por meterse en el trabajo de los grandes!

—Vamos a dar un paseíto —jadea Villalba, mientras zamarrea a Fernando—. Si alguno se hace el vivo, ligan los dos. Ya sabrán cómo terminan ciertos

detectives.

Con una carcajada rabiosa lo empuja hacia la puerta. Diego, estrujado en su rincón, llora tapándose la cara con los brazos. Fernando es el primero en salir; Villalba, pegado a sus espaldas, le retuerce el brazo derecho.

—¡Suélteme! —solloza—. No me voy a escapar.

Pero no lo suelta, sonrío en forma distinta, cruel. A la rastra, de a uno por vez, los chicos son llevados hasta el camión. Fernando aterriza dolorido en la cabina. Diego, empujado sin miramientos, no la está pasando mucho mejor. Temblando, escuchan la

conversación deshilvanada de los hombres. No los nombran, sin embargo es fácil darse cuenta de que están hablando de ellos.

—¿Seguro que los van a aceptar?

—Por un tiempito sí, hasta que levantemos campamento.

—Mirá que esos tipos son capaces de cualquier cosa, si se las ven feas —duda el hombrecito de marrón—. Tienen cuentas pendientes con la policía. Están jugados.

—¡Lo que hagan no es cuestión nuestra! —brama Villalba—. Me dijiste que era una operación segura. Y, además de la otra dificultad, surgió esta

complicación. ¡Vamos!

Diego sabe muy bien adónde van, y un sudor helado le empapa la remera. Van al muelle. Otra vez empieza la pesadilla: la lancha, la isla, los prófugos delincuentes. ¡Y Braulia que les pidió que estuvieran de vuelta a las nueve!

Bajo la lona, más atrapados que la última vez, a la espera de un peligro mayor, los chicos calculan que ya falta poco para llegar. Aunque es difícil calcular el tiempo (parecen siglos de estar navegando), el ruido de los motores disminuye y aumenta la marejada.

—Tenemos que hacer algo —susurra

Fernando—. Si no escapamos ahora...

Y no puede terminar la frase, porque el llanto silencioso de Diego le quiebra el coraje. «Si papá estuviera cerca... ¡Papá, ayudame! ¡Ayudame a ser valiente!». Con el puño apretado en el bolsillo, Fernando trata de controlar su terror. Se ve a sí mismo, con su padre, en otra lancha, en el lago Moreno, pescando. O en tierra firme, encendiendo el fuego entre los dos, para asar una trucha. ¡Fuego! Toca los fósforos diseminados en su bolsillo. Y surge el chispazo de una idea.

—Diego —murmura—, ¿sabés nadar bien, bien?

Diego para de llorar.

—Sí —contesta—, aprendí en el club durante todo el año pasado. Era el mejor de la clase. El profesor siempre decía: tenés muy buena flotación.

—Escuchame —lo interrumpe Fernando—. Sacate los zapatos. Cuando yo te diga, nos tiramos al agua. Por suerte no tenemos mucha ropa puesta. El bermudas y la remera no nos van a molestar. ¡Rápido! ¡Dame tu mocasín y el rollo de servilletas! Voy a tratar de prender un fósforo.

—¡Estás loco! —se aterra el otro—. Nos vamos a quemar vivos.

Un ruido mayor, el motor que llega

tosiendo con fuerza, apaga las protestas de Diego. No pueden ver quién o quiénes se acercan; la lona, fuertemente sujeta por las sogas, tiene aberturas mínimas, indispensables para poder respirar. Sí, es otra lancha, que anuncia su llegada con una débil sirena. La embarcación se detiene.

Reconozco esa sirena —dice Diego exaltado—. Es una lancha de Prefectura.

Fernando no duda más. Ordena imperioso:

—Sacate los zapatos —busca los fósforos y sostiene la improvisada mecha de servilletas en la otra mano. Prueba uno, otro, otro más. Están

húmedos. Apenas rasguña la suela del zapato, la pólvora se deshace en la yema de los dedos. Llegan voces. Se alejan. La otra lancha acelera renegando antes de partir. ¡Tiene que prenderlos! ¡Tiene que encender esta fogata! En un esfuerzo desesperado, Fernando junta las últimas tres cabezas azuladas y las aplasta rozando la parte más seca de la suela. Un resplandor caliente le ilumina la cara. Ahora el rollo de servilletas es una antorcha humeante. Ante la mirada de horror de Diego, Fernando la acerca a una de las sogas. Tres ideas lo obsesionan: quemarla, agrandar la abertura, salir de allí. Descontrolado

por el pánico, temiendo que la lancha entera arda por la imprudencia, Diego embiste la lona y grita desahogado por una de las aberturas.

—¡Socorro! ¡Fuego! ¡Fuego!

¡ACORRALADOS!

El carnicero acorrala a Mauro contra el mostrador. Los ojos le brillan parejos, el celeste oscurecido de rabia. Trata de sonsacar *la verdad* de esa cara atemorizada. Está convencido de que el chico fue allí por orden de alguien. Si su nuevo escondite ha sido descubierto... La mujer le palmea el brazo tratando de calmarlo. El hombrón la ignora, insiste e insiste con su pregunta.

—¿Quién te mandó acá? ¡Contestá!

Paralizado de miedo, Mauro no sabe qué inventar. Da un vistazo a la puerta entreabierta a dos metros de distancia. Si corriera... No, ese loco no lo deja ni mover. Pero ¿no es Adela esa que viene tan decidida y empieza a golpear? Es Adela. Da puñetazos al vidrio y grita fuerte, con autoridad.

—¡Mauro! Papá nos está esperando en la esquina. Vamos al auto, ¿o querés que él te venga a buscar?

Sorprendido, el carnicero retrocede y mira hacia la puerta.

—¿Quién es esa chica? —reacciona. Las palabras se le escapan sin dudar.
—Es mi hermana —dice Mauro,

convencido.

La *hermana* golpea que te golpea vidriera y puerta, cada vez más impaciente con su «¡Salí!, ¡salí de una vez!».

En la acera de enfrente se ha detenido un auto. El conductor y su acompañante bajan y se quedan mirando curiosos la escena.

Entonces, la mujer joven agarra con firmeza a Mauro y lo libra de un tirón del brazo. Al ver la expresión de enojo del carnicero, le ordena con suavidad:

—¡Andá para adentro, querés! —y en voz muy baja—: Te imaginas cosas raras. Al chico lo están esperando en la

esquina. No quiero líos en mi negocio.

Y forzando una sonrisa trata de justificarlo ante Mauro.

—A mi marido no le gusta que atienda sola hasta tarde. Una vez un chico casi de tu edad trató de asaltarme. Por eso quería saber si te mandaba alguien.

—Nadie me mandó —dice—, es decir..., sí, mamá para comprar jabón. ¿Ya me puedo ir? Y mi hermana va a romper la vidriera de tanto golpear. No quiero que papá tenga que venir a buscarme. Se va a enojar; mide un metro noventa y...

La mujer abre la puerta y arroja a

Mauro sobre Adela con un destemplado «buenas nooches».

Con la mirada absorta, el carnicero la ha dejado actuar, sin hacer nada para detenerla.

En plena carrera hacia la esquina, los chicos alcanzaron a oír el portazo, seguido de las protestas chillonas de la mujer.

Fue mucho después del silencioso viaje en ómnibus y la breve caminata por Cabildo. Después de la rápida despedida, para que a Mauro no se le hiciera todavía más tarde. Fue casi al llegar a su casa, preocupado por la hora y por todo, cuando Mauro se dio cuenta.

No le había dado las gracias. Y no porque se hubiera olvidado, eso no. Tuvo vergüenza de esa Adela decidida y arriesgada que volvió para sacarlo del lío. Bueno, a veces los jefes también necesitan ayuda. Y en esos casos..., es útil tener una *hermana*.

Adela está sorprendida de sí misma. ¡Cómo pudo animarse! Si Mauro supiera que estuvo a punto de salir corriendo. ¡Para avisar a alguien, claro! Todavía tiembla, cuando piensa en la cara de loco de ese hombre. Sin embargo, antes, cuando vio al pobre Mauro tan asustado, le dio más rabia que miedo. Y pensó que

si ella hacía mucho, muchísimo ruido, lo dejaría salir. Sí, estaba contenta de haberse animado. Se pregunta si lo pondrá en el diario. Si les contará a los otros. En medio de su euforia (porque lo ayudó ella sola y todo salió bien), Adela siente un retortijón de culpa. Diego tenía razón. Lo mejor era denunciar sin pérdida de tiempo todo lo que sabían. Ellos eran chicos, no detectives. ¡Que se encargara del asunto la policía!

Una sombra ligera cruza a los saltos. Es Picho, sucio, mojado, con ojos de no haber comido. El perrazo corretea nervioso alrededor de Adela. Picho, en su habitual recorrida nocturna, explora

nuevos lugares ante la escasez de comida. Adela acaricia el pelaje amarillo y la piel sonrosada cuando él se echa panza arriba. ¿Y si lo llevara a su casa? Con un poco de suerte entrarían por la cocina en el lavadero, sin ser vistos. Es por un rato, para darle comida. Además (Adela se va envalentonando), sus padres trabajan todo el día. No le importa, ya se acostumbró a estar sola, conoce el barrio, no está recién mudada. Pero Picho sería un buen guardián si ella le enseñara. Y una buena compañía. Piensa que ella tiene paciencia y muchos libros sobre perros. ¿Cómo no se le ocurrió

antes? Adela, seguida de Picho, da vuelta a la esquina.

—¡Nos quemamos! —grita Diego, seguro de que el fuego ya se extiende a la lona y a la embarcación entera.

Con los brazos tensos y la cara transpirada, Fernando termina de quemar la soga.

—Tirate —ordena. Y los dos se zambullen en aguas achocolatadas. Todo pasa rapidísimo. La caída, las brazadas frenéticas que intentan sin éxito vencer la corriente que los lleva en dirección a la lancha de la Prefectura.

Tras un segundo de estupor,

Celestino y el de marrón corren a popa. Tratan de sofocar las llamas incipientes con sus propias camisas y unas mantas de cubierta. Los chicos ya no les importan. Ante la emergencia, los hombres redoblan sus esfuerzos para evitar la amenaza de fuego a toda la embarcación. Prefectura, alertada por el fogonazo, los gritos y la frenética actividad a bordo, retrocede con su lancha y se acerca a prudente distancia haciendo bramar la sirena. Uno de los prefectos, ubicado en proa, ilumina las aguas con un potente reflector. Otro, listo para arrojar un extinguidor de fuego atado a una soga, imparte órdenes

precisas por un altoparlante. Todavía no han descubierto a los chicos, que dan voces y cada tanto alzan un brazo, multiplicando esfuerzos para aproximarse a la lancha oficial.

Parece que están nadando hace siglos cuando al fin otra linterna los descubre. Y se inicia el salvataje que en pocos minutos los rescata ilesos y exhaustos.

El fuego ha sido sofocado y la embarcación no sufrió mayores daños, pero los delincuentes no logran hacerla arrancar. Ahora saben que están en peligro. Villalba tira y tira de la piola del motor. Éste no responde. Se ahoga.

Mientras tanto, Diego y Fernando tienen tiempo suficiente para contar a los prefectos todo lo sucedido. Y de nada valen, después, las protestas frenéticas, la falsa sonrisa del falso Villalba. Ni la cobarde acusación del otro, que insiste en culpar a los chicos de un presunto robo cometido a bordo. De nada les vale, porque en pocos minutos otra lancha oficial, alertada por radio, los conduce entre sirenas a la Prefectura de Zárate.

Horas más tarde, cabizbajos y mojados, los chicos fueron conducidos a la salita de la Prefectura donde los esperaba la tía.

Ninguno se atrevía a mirarla. ¿Qué iban a explicarle? Ella tendría razón si los retaba. ¡Estaban tan cansados! Pero Braulia no los retó, los abrazó fuerte y no los soltaba. Ella también tenía la cara húmeda.

—Ya pasó todo, chicos —dijo con voz rara—. Vamos a casa.

EPÍLOGO

Noviembre 30, Belgrano

A las doce, encuentro en lo de Mauro para almorzar y festejar. El meterete bueno de Walter les pidió a los tíos que lo dejaran hacer un asadito para los amigos del barrio.

Vamos todos. ¡Hasta Picho!

Esta vez, arreglé con el jefe para terminar de escribir el diario. Yo opino que hasta

ahora fue muy resumido. Así que voy a dar más detalles. Si alguna vez un grande necesita leerlo, entenderá todo perfecto.

Por Braulia nos enteramos de que el verdadero Celestino Villalba era el patrón del falso. El falso usó el nombre del verdadero para hacerles el cuento a los chicos.

Era un delincuente conocido, que se empleó como domador de caballos para planear los robos de vacas con el hombre de marrón. Algunas vacas robadas las guardaban en

el galpón de Reysol, en el contenedor refrigerado. Otras iban a parar (en secreto) a frigoríficos y carnicerías.

Braulia dijo que, con los de la isla, formaban una banda bien organizada y que esperaba que los tuvieran presos por un buen tiempo.

Los productores de la zona estaban tan agradecidos que quisieron darle un premio a Braulia (gracias a ella Prefectura atrapó a los ladrones, salvó a los chicos y... nuestros padres casi no se

enteraron de nada). Ahora, la tía de Diego tiene cuenta gratis en una carnicería de Zárate, ¡hasta que se termine de comer las dos vacas que le regalaron! A nosotros nos dieron una lista de diez campos para visitar con el colegio. ¡Fernando está entusiasmadísimo!

Todo salió bien, menos una cosa: ¡nuestro vecino misterioso volvió a desaparecer! La policía de Buenos Aires lo busca. Pensamos que con tantas pistas que les dimos seguro que lo

encuentra pronto. Para nosotros, el caso está cerrado.

Detective a cargo: Adela Obarrio.

Diciembre 4, Belgrano

A las doce de la noche voy a finalizar este diario, que quedará en mi cuarto hasta que:

1) Fernando vuelva de Bariloche.

2) Diego vuelva de Zárate.

3) Adela vuelva a ser mi amiga. (Aclaración: no me habla porque decidí terminar yo

este diario).

*Jefe de detectives: Mauro
Fromm.*

*P. D.: Este caso está
cerrado. Pero acabo de
descubrir otro vecino
misterioso merodeando por los
alrededores.*



Queridos chicos:

Hoy, mis personajes son Adela, Mauro, Fernando y Diego, cuatro chicos de doce años que viven en el mismo barrio. Son vecinos, pero además, como deciden investigar un misterio real, en Belgrano, son detectives.

Ahora ustedes ya saben todo lo que pasó y cómo anduvo la audaz investigación. Sólo quería contarles que, mientras escribía, corregía, imaginaba o leía los diarios para reforzar mi inspiración, me fui encariñando mucho con esta pandilla. Tanto

me encariñé, que me daba lástima dejarlos y terminar el libro. Entonces decidí escribir otra novela con Mauro, Adela y dos vecinos de su barrio. Detectives en Palermo Viejo narra las aventuras de esta nueva pandilla que seguirá dando que hablar... ¡y mucho! No se la pierdan.

María Brandán Aráoz

P. D.: Los chicos pueden decirme «Marita», escribirme a la editorial y darme ideas.



MARÍA BRANDÁN ARÁOZ. Nació en la ciudad de Buenos Aires, pero tiene raíces familiares en las provincias de Salta y de Córdoba. Estudió magisterio, Literatura española en el Instituto Cultural Hispánico, finalizando sus estudios en Madrid, España; realizó la

carrera de Periodismo, Teoría y Práctica de guión de televisión y de cine.

Periodista de investigación, colaboró en diferentes medios: *La Nación*, *La Prensa*, diario *CONSUDEC*, publicaciones de Editorial Abril, *La Obra*, revistas *Billiken*, *Jardincito*, *Enseñar*, de Tinta Fresca, y *Maestra Primaria*, de Ediba.

Publicó notas y cuentos en muchos sitios literarios y educativos de Internet. Realizó guiones de dibujos animados para el público infantil de México.

Fue miembro del jurado en las «Fajas de Honor» de la SADE, en el «Premio Fantasía Infantil», en certámenes

literarios escolares y en CONABIP, entre otros concursos.

Miembro de la *Society of children's book writers and ilustrators of USA* fue *Assistant Regional Adviser* del *Chapter Argentina*.

Obtuvo la «Faja de Honor» de la Sociedad Argentina de Escritores en Literatura Infantil y Juvenil por su libro *Vacaciones con Aspirina*; la «Faja de Honor» de la Sociedad Argentina de Escritores en Novela, por su obra *Caso reservado*; su libro de cuentos *Jesús también fue niño* obtuvo Mención de Honor en Literatura Infantil, premio nacional instituido por la Subsecretaría

de Educación y la provincia de Tucumán. Tiene muchos cuentos publicados en manuales escolares, revistas infantiles, educativas y antologías como *Quelonios*, editada por la Biblioteca Nacional. Sus libros se adoptan en colegios de nivel inicial, primario y secundario de toda la Argentina y se publican en Brasil, Chile, Ecuador, El Salvador, Perú, Puerto Rico, Paraguay y Colombia, entre otros países. Sus textos literarios se leen en California y en Miami, USA.

La autora visita los colegios para encontrarse con sus lectores e interactúa con ellos desde su sitio oficial y sus

páginas de Facebook, Twitter y www.elblogdemarita.com. También realiza talleres con docentes y padres sobre técnicas y tácticas para lograr que los chicos adquieran el hábito y el placer por la lectura a cualquier edad.